7127

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE

D. PABLO AVECILLA.

MIGUEL EL ESCLAVO.

6 rs.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID:

D. Juan Diaz de los Rios, *calle de Carretas.*

D. José Cuesta, *calle de Carretas* 9.

Imp. de C. Gonzalez.—S. Anton, 26.

1839.

CÁTALOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CÍRCUI

LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS
EN TRES Ó MAS ACTOS.

Miguel el esclavo.
Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vivar.
La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los Hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El Triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El Hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La Niña del mostrador.
La Mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El Curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El Donativo del diablo.
La Hija de las flores.
El Valor de la mujer.
La Fuerza de voluntad.
La Máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La Ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andres Chenier.
Adriana.
La Ley de represalias.
El Ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un Hombre de estado.
El Primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS
EN TRES Ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien mas mira menos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la córte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El Fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.
La Flor de la maravilla.
El Agua mansa.
Un Infierno ó la casa de huésp
El Duro y el millon.
El Oro y el oropel.
El Médico de cámara.
Un Loco hace ciento
La Tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peluquero de Su Alteza.
La Consola y el espejo.
El Rábano por las hojas.
Tres al saco....
Un Inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los Presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La Escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una Aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los Millonarios.
Los Cuentos de a reina de Na
El Hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un Clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos...
La Nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.

42

MIGUEL EL ESCLAVO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y UN PRÓLOGO,

ARREGLADO DEL FRANCÉS

POR

DON EUGENIO DE OLAVARRÍA

Y

Don Manuel García Gonzalez.

N.º 331.

MADRID 1859.

IMPRENTA DE C. GONZALEZ, PELAYO, 26.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/miguelelesclavod3941olav

Esta obra, es propiedad de DON PABLO AVECILLA, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

PERSONAGES.	ACTORES.
LA CONDESA ALEJANDRA.	Doña Lorenza Fina de Segarra.
PAULA.	Doña Concepcion Marin.
SOFÍA, *camarera*. . . .	Doña Trinidad Bedia.
EL PRÍNCIPE FAUSTO SEMOLOFF.	D. Antonino Bermonet.
FÉDOR, *su mayordomo*. .	D. Ceferino Hernandez.
MIGUEL, *siervo ruso*. . .	D. José Repullés.
JORJE BERNARD, *sargento francés*.	D. Pedro Galé.
RICARDO.	D. Claudio Compte.
EL CAPITAN BLUM. . .	D. José Sanchez.
TOLAPP. .	D. Francisco Córcoles.
MORGATCH. } *siervos*. .	D. José Calvo.
KACIANE. }	D. José Blancas.
UN GUÍA.	D. Isidoro Lozano.
SCHMITH, *criado*. . . .	D. Virginio Zamorano.

Criados, soldados rusos, siervos y siervas.

La accion pasa en un bosque de la provincia de Arckángel, en 1816.

PROLOGO.

Encrucijada de un bosque con varias sendas que conducen á ella. Cobertizo apoyado en grandes estacas y troncos de árboles. En este cobertizo, que ocupa los dos tercios de la derecha del teatro, una gran chimenea. Al fondo izquierda un enorme monton de haces. Delante, á la derecha, y fuera de la cabaña, una mesa rústica y banquillos. Algunos siervos que no hablan, fuera.

ESCENA PRIMERA.

TOLAPP.—KACIANE.—MORGATCH.

KACIANE. (*Mirando por el camino de la derecha.*) Mirad cómo corren nuestros compañeros!

TOLAPP. Sin duda van á ver pasar á los soldados.

KACIANE. (*Volviendo á la escena.*) Pues yo prefiero descansar. (*Se sienta en un banquillo á la izquierda de la cabaña.*)

MORGAT. ¿Qué vienen á hacer aquí esos soldados?

KACIANE. No lo sé.

TOLAPP. Ni yo.

KACIANE. Miguel, que ha ido hasta la colonia, podrá decírnoslo.

MORGAT. Miguel!... El protegido de los amos!

TOLAPP. El protejido?...

MORGAT. ¿No sabes que le han nombrado uno de los guardas de este bosque hace tres dias?

TOLAPP. Ya se ve que sí; como que le creen más útil que tú para esto de hacer la ronda. Vaya! como que ha hecho la campaña de Francia!

672134

MORGAT. Bravo militar por mi vida!...
TOLAPP. Qué tienes que decir de él?
MORGAT. Que se ha aprovechado del ukase del Czar para arrinconar el uniforme.

ESCENA II.

Dichos.—MIGUEL.

MIGUEL. (*Entrando.*) ¿Qué te importa á tí que yo sea soldado ó no?
MORGAT. No me gustan los hombres cobardes.
MIGUEL. ¿Quién ha dicho que soy yo cobarde? Firmada la paz, el emperador publicó un ukase por el cual permitia á los siervos dejar el servicio militar y volver á su antigua condicion de esclavos... En su consecuencia, he usado de un derecho y nada más. Por otra parte, no podia prever que Matrena, mi esposa, hubiera muerto en mi ausencia... dejando solo y desamparado á mi pobre hijo Pablo...
MORGAT. Los siervos no tienen hijos... sus hijos son del amo.
KACIANE. (*Que se hallaba á la izquierda.*) Silencio, compañeros: aquí viene el mayordomo del príncipe.
TODOS. (*Escepto Miguel.*) El mayordomo! (*Se colocan en línea y se descubren respetuosamente. Miguel hace otro tanto.*)

ESCENA III.

Dichos.—FÉDOR.—EL CAPITAN BLUM.

(*Fédor sale acompañado del capitan y precedido de dos criados de librea que traen una caja que dejan en el suelo. Detrás de ellos soldados rusos que acompañan al capitan y se quedan fuera.*)

FÉDOR. (*A Blum.*) Capitan, aquí podemos descansar.
BLUM. Enhorabuena.
FÉDOR. (*A los criados.*) Preparadnos el té.
BLUM. (*Sorprendido.*) Aquí?

FÉDOR. Mis lacayos traen consigo lo necesario... Pronto!... Que nos sirvan. (*Durante la escena siguiente los criados sacan de la caja un rico tapete que ponen en la mesa rústica, tazas y un azucarero de plata.*)

FÉDOR. Ahora, capitan...

BLUM. Justo es que os diga mi nombre. Soy el capitan Blum, teniente que fué en el ejército del Cáucaso.

FÉDOR. ¿Qué circunstancias os conducen á este bosque?

BLUM. He recibido órden de cercar á veinte prisioneros franceses que se han refugiado aqui. (*Sensacion en los siervos.*) Mala es la comision, pero el deber es antes que todo. (*A los siervos.*) Escuchad vosotros. (*Sacando un pliego.*) Aqui teneis el bando del gobernador que acaba de pregonarse en la provincia. (*Dando el pliego á Fédor.*) Tomad y leédselo.

FÉDOR. (*Tomando el pliego.*) Escuchad todos. «Varios «prisioneros enemigos se han evadido de la ciu«dadela. El siervo ó liberto que designe ó entre«gue á cualesquiera de los fugitivos, será re«compensado con la suma de doscientos rublos; «y á quien oculte ó ayude ó defienda á alguno «de los culpables, se le prenderá por traidor «y rebelde para ser deportado á la Siberia.»

CRIADO. (*Poniendo el té en la mesa.*) Amo, el té está servido.

FÉDOR. (*Indicando á Blum su sitio.*) Capitan, cuando gusteis...

BLUM. Ahora mismo. (*Se sientan. Fédor sirve el té.*) Sepa yo á mi vez vuestro nombre.

FÉDOR. Fédor Fedorowitch, representante de su excelencia el príncipe de Arckángel.

BLUM. Niño predestinado!

FÉDOR. Quién, capitan?

BLUM. El príncipe de Arckángel.

FÉDOR. Como vos y yo.

BLUM. Sin embargo, su padre ha muerto, y presumo naturalmente...

FÉDOR. (*Interrumpiéndole.*) Veo que ignorais los acontecimientos que han precedido al fallecimiento del príncipe.

BLUM. Tal vez.

FÉDOR. Sabed, pues, que reconocido el emperador á los servicios prestados por el conde Semoloff durante su embajada en Persia, le hizo donacion del rico principado de Arckángel; declarando que para que esta gracia se perpetuase en la casa de los Semoloff, recaeria siempre en sus herederos del sexo masculino.

BLUM. Lo sé.

FÉDOR. Debeis saber tambien que el príncipe no gozó mucho tiempo de este imperial favor, pues murió, jóven aun, en un segundo viaje que proyectó y llevó á cabo á Persia.

BLUM. Sí; pero en la época de su muerte, la condesa Alejandra, que se habia casado con él en Suecia y le acompañaba en su viaje, se hallaba en cinta.

FÉDOR. En efecto: dos meses despues, regresando la condesa Alejandra á Rusia, fué arrojada por una tempestad á las costas del mar Caspio, en cuyo punto dió á luz una niña.

BLUM. Una niña?

FÉDOR. Y como las hembras estaban escluidas de la herencia, el principado recayó en línea recta en un primo del príncipe, llamado Fausto Semoloff.

BLUM. Nunca he oido hablar de él.

FÉDOR. (*Levantándose.*) Nació en Finlandia y jamás se le ha visto en Rusia donde hoy posee diez mil siervos y más de cincuenta dominios.

BLUM. (*Levantándose tambien.*) ¿Y está aquí ahora? (*Durante el fin de esta escena los criados guardan la vajilla y el tapete en la caja.*)

FÉDOR. Durante su ausencia, me ha encargado á mí que visite sus tierras, haciéndome preceder de su librea.

BLUM. Os felicito por la confianza que os dispensa.... Pero el deber me llama á otra parte.

FÉDOR. Llevo el mismo camino que vos; con que...

BLUM. En ese caso, seguidme.

FÉDOR. (*A los criados.*) Vosotros, siervos, al trabajo. (*Vánse por el fondo. Fédor y Blum los primeros. Criados, soldados y siervos despues. Miguel permanece solo en escena.*)

ESCENA IV.

MIGUEL.—*Luego* TOLAPP.

MIGUEL. (*Reflexionando.*) Varios prisioneros franceses se han evadido de la ciudadela... Recompensa á quien los entregue... destierro á la Siberia al que les preste auxilio... Pobres soldados!

TOLAPP. (*Entrando furtivamente por el fondo.*) Soy yo otra vez.

MIGUEL. Tú?... Y qué quieres?...

TOLAPP. Mi jaula.

MIGUEL. Qué jaula?

TOLAPP. Vas á verla... La tengo escondida aquí. (*Coje una pequeña jaula de mimbre que estará entre un haz de leña.*) He puesto mi red en el hueco de un sauce y voy de caza.

MIGUEL. Siempre la misma pasion de correr tras los pájaros.

TOLAPP. Qué quieres!... así se me pasan las horas sin sentir. En tiempo del príncipe Semoloff, nuestro bondadoso amo, tenia alguna aficion al trabajo; pero desde que el mayordomo del príncipe Fausto nos gobierna, el trabajo se ha hecho muy duro y la velada harto corta...

MIGUEL. Pero si los amos descubren...

TOLAPP. Qué me importa su cólera? Morir más pronto ó más tarde, lo mismo dá.

MIGUEL. Eh!.. no te desanimes así... Qué dirias si, como yo, tuvieras que llorar la pérdida de la Francia?

TOLAPP. No comprendo tu sentimiento, cuando de todo lo que has traido de ella, solo veo la señal de un sablazo que te ha quedado en la frente.

MIGUEL. Si conocieras las circunstancias que han acompañado á este herida, verias que la carga que yo llevo es mil veces más pesada que la tuya.

TOLAPP. Cuéntamelo. (*Deja la jaula en la mesa.*)

MIGUEL. Poco antes de terminarse la campaña, á nuestro regimiento le tocó la suerte de quedarse en

Francia, en la misma frontera alemana. Allí, en una accion que se empeñó en el pueblo de la Lorena, recibí esta herida que me dejó privado de conocimiento, confundido entre un monton de muertos y heridos. Cuando volví en mí, me hallé en una granja, y á ambos lados de mi lecho distinguí á un hombre y una mujer. El hombre, segun supe despues, era el dueño de aquella granja, el cual decia á su mujer: «Es un cosaco... es verdad, pero es hijo de Dios como todos...»

TOLAPP. Y tenia razon.

MIGUEL. «Nuestro pobre hijo, continuaba el buen hombre, no ha vuelto de Rusia, á donde partió con »el ejército.»

TOLAPP. No habia vuelto!

MIGUEL. Y bien pronto sus cuidados restablecieron mis fuerzas y cicatrizaron mi herida.

TOLAPP. Eso es portarse como Dios manda.

MIGUEL. Una segunda tempestad se desencadenó contra Francia. Entonces recibí la órden de reunirme al nuevo ejército ruso, so pena de ser declarado y castigado como desertor. La señora Juana me abrazó llorando; el cura de la iglesia vecina me echó su bendicion, y el señor Bernard, mi salvador, me entregó una pequeña corona de siempervivas para que la depositase en los campos de Moscou en memoria de su hijo... Partí!.. y cuando mis ojos cesaron de distinguir el hospitalario techo, me senté desfallecido en una piedra y di rienda suelta á mis lágrimas!

TOLAPP. (*Enjugándose los ojos.*) Yo tambien lloro... y eso que...

MIGUEL. Dos meses despues, supe que la infeliz Matrena, la sierva con quien me habia casado antes de mi partida, habia muerto. Este fué mi primer dolor; la presencia de mi hijo, nacido en mi ausencia, mitigó no obstante algo mi pesadumbre; pero el yugo de la esclavitud que debia pesar sobre él, me pareció tanto más terrible, cuanto que el recuerdo de Francia estaba presente siempre en mi memoria. Ya sabes la causa secreta de mis penas... ¿Comprendes ahora lo horrible de

mi situacion cuando veo levantarse ante mí el orgullo... y el látigo del amo?

TOLAPP. Ciertamente eres más digno de lastima que yo, y envidio tu resignacion. (*Cogiendo la jaula.*) Trataré de cojer un mirlo... Hasta la noche. (*Hace que se vá y vuelve.*) Volveremos á hablar de esa honrada gente.

MIGUEL. Sí, cuando quieras. Hasta la noche, Tolapp. (*Váse Tolapp.*)

ESCENA V.

MIGUEL.

Procuremos echar un velo sobre lo que ya no existe y pensemos en lo que nos resta. Haré mi ronda para entrar otra vez á ver á mi hijo. (*Se dirige hácia la salida de la izquierda y se detiene.*) Una dama en el bosque!... sin duda se ha estraviado... Voy á su encuentro... Ah! parece que se encamina hácia aquí... Dios mio!... No es ilusion?...

ESCENA VI.

MIGUEL.—LA CONDESA ALEJANDRA.

CONDES. Miguel!

MIGUEL. Vos en el bosque, señora Condesa?

CONDES. Te buscaba.

MIGUEL. A mí?

CONDES. Sí... tengo que hablarte.

MIGUEL. (*Dándola un banquillo.*) Sentaos, señora; estais fatigada...

CONDES. (*Sentándose.*) Gracias.

MIGUEL. Ya os escucho.

CONDES. Pobre Miguel!.. te habíamos creído muerto... Has estado prisionero en Francia?

MIGUEL. Prisionero, no, señora, pues he sido feliz.

CONDES. (*Despues de una corta pausa.*) Nada tienes que decirme de tu Pablo?

MIGUEL. Está bueno.

CONDES. Quién lo cuida?
MIGUEL. Una anciana de la Colonia.
CONDES. Y le quieres mucho?
MIGUEL. Ah! señora, mucho.
CONDES. De dos años á esta parte que no te he visto, cuánto he sufrido, Miguel!
MIGUEL. Lo creo: habeis perdido el mejor y más justo de los esposos.
CONDES. Ya sabes que su título y sus inmensos bienes...
MIGUEL. Solo podia heredarlos un hijo, y la suerte os ha dado una hija, lo sé. Pensad qué de ambiciones y ódios se hubieran acumulado sobre la cabeza de un hijo!...
CONDES. Es verdad.
MIGUEL. Esos mismos que ahora han heredado...
CONDES. (*Con viveza y levantándose.*) Lo hubieran matado, no es cierto?
MIGUEL. (*En voz baja.*) Tal vez, señora.
CONDES. Escucha el secreto que vengo á confiarte. (*Mira en derredor con precaucion.*)
MIGUEL. Un secreto?
CONDES. Nos oirá alguien?
MIGUEL. Nadie.
CONDES. Despues de la muerte de mi esposo, traté de penetrar en Rusia con una sierva leal cuyos cuidados fueron muchas veces mi consuelo: una terrible tempestad torció nuestro rumbo, arrojándonos á orillas del mar cerca de un pueblo llamado Falaises. Obligadas á permanecer allí, la sierva dió á luz una niña mientras los dolores del parto anunciaban en mí un próximo alumbramiento. Pronto nos vimos rodeadas de espias que se introducian hasta en nuestro propio aposento; y el honrado médico que me asistia me declaró misteriosamente, que le habian ofrecido una fortuna considerable si prometia matar al inocente ser que naciera, en el caso de que fuese un niño.
MIGUEL. Qué infamia!
CONDES. Aquella misma noche, en medio de las angustias del terror, dí á luz un niño.
MIGUEL. Un niño?...
CONDES. (*A media voz.*) Más bajo... Nadie lo ha sabido,

porque espantada la sierva, ó mejor dicho, inspirada, colocó á mi hijo en la cuna de su hija... puso esta á mis pechos, y el prudente médico refirió que la condesa Alejandra era madre...

MIGUEL. De una hija?

CONDES. Sí.

MIGUEL. Pero y los espías?...

CONDES. Desaparecieron engañados por esta mentira, y Fausto Semoloff, primo de mi marido, autorizado por aquel error público, apareció en Arckángel y se apoderó de la herencia de mi hijo.

MIGUEL. Fausto Semoloff!... Y vuestro hijo, señora, dónde está?

CONDES. Eso he venido á decirte; la animosa mujer que me servia fué llamada á las tierras de su nuevo señor, de quien tornaba á ser esclava; y para no despertar sospechas se trajo consigo á su supuesto hijo, que solo la miseria podia ocultar y defender durante mi ausencia. (*En voz baja, despues de mirar en derredor.*) Aquella fiel confidente se llamaba Matrena.

MIGUEL. Mi mujer!

CONDES. Sí, tu mujer.

MIGUEL. Luego ese niño... Pablo...

CONDES. Es mi hijo.

MIGUEL. (*Sentándose agoviado.*) Ah!

CONDES. En cambio tienes una hija... un ángel, por quien yo he velado.

MIGUEL. (*Con desesperacion.*) Ah! señora, por qué habeis prolongado hasta hoy ese funesto error?

CONDES. Porque abrumada de dolores y peligros, han sido necesarios tres largos meses de permanencia forzosa en el pueblo de Falaises para restablecer mi quebrantada salud...

MIGUEL. (*Levantándose despues de una corta pausa.*) Soy vuestro en cuerpo y alma.

CONDES. No esperaba menos de ti: sin embargo, te recomiendo la mayor prudencia; temo que Fausto sospeche la verdad.

MIGUEL. Qué motivo...

CONDES. He sabido que viaja disfrazado por estos contornos; preciso es, pues, evitar que nos vea juntos,

y voy á dejarte... Pero esta noche... cogerás secretamente á mi hijo... al nuestro... en tus brazos, y vendrás á reunirte conmigo detrás de la Colonia, donde te esperaré con un coche. Mis medidas están bien tomadas. En seguida saldremos para San Petersburgo, donde nos pondremos bajo la proteccion del emperador, revelándoselo todo.

MIGUEL. Ay de los infames entonces! El jóven príncipe será proclamado, y...

CONDES. Y yo, su madre y tutora, tendré el derecho de libertarte.

MIGUEL. De libertarme!

CONDES. Te lo juro: pero me dejarás ver á tu hija...

MIGUEL. (*Pensativo.*) Mi hija!...

CONDES. Dios me ha concedido la dicha de ser su madre por mi cariño...

MIGUEL. Ese cariño será mi orgullo, señora.

CONDES. Hasta la noche, pues. Vela hasta esa hora por mi hijo.

MIGUEL. Sé lo que vale el sagrado depósito que una madre me confia.

CONDES. Con que esta noche...

MIGUEL. Esta noche, señora. (*Saluda.*) *(Vase la Condesa por la izquierda. Miguel la ve alejarse.)*

ESCENA VII.

MIGUEL.

Pablo nò es mi hijo!... Ah! El cielo en cambio me ha concedido una hija... dulce y tierna criatura que tanta proteccion y cariño necesitará!... (*Se oyen dos tiros en el bosque. Levantándose.*) Qué significa!...

Dos tiros

ESCENA VIII.

MIGUEL.—JORGE: *entra azorado por la derecha: trae un uniforme destrozado perteneciente al ejército francés.*

MIGUEL. (*Aparte.*) Un soldado francés!...

JORGE. (*Viendo á Miguel.*) Un hombre!... (*Con viveza.*) No llames... soy tu prisionero... Por piedad, dame un arma.

MIGUEL. Para qué?

JORGE. Para que pueda, matándome, escapar de esos soldados que me persiguen...

MIGUEL. Y si intento salvarte?

JORGE. Te burlas?

MIGUEL. He hecho la campaña en Francia, y franceses son los que en tu pátria me socorrieron.

JORGE. Es un lazo?

MIGUEL. (*Sacando una medalla.*) Conoces esta medalla?

JORGE. (*Mirándola.*) La medalla de San Bruno!... Has estado en San Bruno?

MIGUEL. En ese pueblo un francés me salvó la vida.

JORGE. Cuándo saliste de él?

MIGUEL. Hace cinco meses.

JORGE. Sabes si el señor y la señora Bernard viven aun?

MIGUEL. Viven y lloran á su hijo todos los dias.

JORGE. Ah! ya no los volveré á ver!... Padres mios!...

MIGUEL. Cómo?... Qué dices?... Luego tú eres su hijo?... Oh! si; yo te prometo que los verás... Pronto: tira ese uniforme acusador y ponte mi sobretodo. (*Jorge se quita el capote y se pone el sobretodo: le da su gorra.*) Ahora la gorra... No perdamos un minuto... (*Se oyen algunos tiros.*) Aun te persiguen... Preparemos la fuga.

JORGE. Me perderé en el bosque.

MIGUEL. Yo te indicaré el camino... Escúchame atentamente.

JORGE. Habla.

MIGUEL. Envuelto en ese trage, nada tienes que temer de los soldados rusos... Dentro de una hora, lo más tarde, oirás la campana de la iglesia llamar á los leñadores á la oracion... Entonces seguirás esta senda.

JORGE. Bien.

MIGUEL. A la media hora de marcha, encontrarás un sendero que conduce á la ciudad, donde fácilmente podrás confundirte entre el gentío... Para que lo reconozcas, ataré mi cinto al primer árbol.

JORGE. La campana será la señal?
MIGUEL. Sí... no lo olvides. (*Miguel tira el uniforme detrás de los haces.*)
JORGE. Escucha.
MIGUEL. Qué quieres?
JORGE. Quién te recompensará?
MIGUEL. Tú... diciendo á tus padres que Miguel les devuelve á su hijo.
JORGE. Miguel!
MIGUEL. Abrázame, Jorge.
JORGE. (*Abrazándole.*) Hermano mio!...
MIGUEL. Basta: pensemos en tu salvacion... Adios... y ánimo. (*Vase corriendo por la izquierda.*)

ESCENA IX.

JORGE.

Bendito sea mi padre, que ha inculcado en ese hombre la idea de los deberes de la humanidad!... Tratemos de recordar lo que me ha dicho... Este es el camino que debo tomar... Despues su cinto me indicará el sendero... Perfectamente. (*Mirando por el foro.*) Observemos con precaucion hasta el momento de mi marcha... Quién es ese mendigo que se acerca?... Un enemigo tal vez... Ocultémonos hasta que pase. (*Se oculta detrás de los haces. El mendigo entra observando con precaucion.*)

ESCENA X.

FAUSTO.—JORGE *escondido.*

FAUSTO. (*Vestido miserablemente.*) Mucho tarda Fédor... y eso que le he citado en la encrucijada de este bosque. (*Saca un magnífico reloj.*) Esta es la hora... Esperemos. (*Se sienta en el fondo cercá del fuego, volviendo la espalda al público.*)

ESCENA XI.

FAUSTO.—FÉDOR.—JORGE *oculto.*

FÉDOR. (*Aparece pensativo por la izquierda.*) Me pierdo en conjeturas... y si no reconociera la letra del príncipe, dudaria... (*Apercibiendo á Fausto sin reconocerle.*) Quién es el insolente que permanece sentado delante del amo! Arriba, Moujick. Saluda y vete.

FAUSTO. (*Levantándose.*) Fédor!...

FÉDOR. Vos!...

FAUSTO. Silencio!...

FÉDOR. En esos harapos!...

FAUSTO. Estamos solos?

FÉDOR. (*Mirando en derredor.*) Absolutamente solos.

FAUSTO. (*Mirando tambien á la derecha.*) Estás seguro?

FÉDOR. Todos los siervos andan ocupados buscando á los prisioneros franceses que se han fugado.

FAUSTO. Es verdad. (*Sentándose en el banquillo á la derecha de la mesa.*) A fin de que no desmayemos en nuestro propósito, examinemos, Fédor, á qué concurso de circunstancias debemos nuestras riquezas. Te recordaré en primer lugar, que ha sido necesario que la prematura muerte del príncipe Constantino dejase una pingüe herencia á un primo suyo que no habia salido nunca de la Finlandia...

FÉDOR. (*Sentándose enfrente.*) Y que Fausto Semoloff, de quién erais secretario, y yo ayuda de cámara, se ahogase imprudentemente viniendo con nosotros á Rusia.

FAUSTO. Y que yo, que poseia todos sus papeles y correspondencias, adoptase la idea de presentarme en su lugar.

FÉDOR. Y yo de pasar á vuestro servicio como si continuase en el suyo.

FAUSTO. Hemos jugado atrevidamente...

FÉDOR. Y hemos ganado la partida.

FAUSTO. Lo crees así?

FÉDOR. Ya sabeis que la condesa Alejandra dió á luz una niña.

FAUSTO. (*Dándole una carta.*) Repasa esa carta que el médico del pueblo de Falaises ha dirigido á la Condesa y que yo he interceptado. (*Se pasea agitado mientras Fédor lee la carta.*)

FÉDOR. El médico!... (*Despues de haberla leido rápidamente.*) Es posible?

FAUSTO. (*Tomando la carta.*) Ya sabes todo el secreto. A ese supuesto hijo de Miguel es necesario...

FÉDOR. Pardiez!... Cuanto más pronto mejor.

FAUSTO. Conoces á Miguel?

FÉDOR. Es uno de los guarda-bosques.

FAUSTO. Sabes dónde está su hijo?

FÉDOR. En la Colonia, al lado de las ancianas que cuidan de los hijos de los siervos.

FAUSTO. Veo que estoy más enterado que tú, y puedo indicarte su asilo. Está en la primera choza... bajando la cuesta... en una cabaña aislada...

FÉDOR. La veo desde aquí. La conozco.

FAUSTO. A la oracion, la vieja deja solo siempre al niño.

FÉDOR. Quién os ha contado?..

FAUSTO. La vieja misma, engañada por estos harapos.

FÉDOR. Entonces...

FAUSTO. Es necesario que la muerte de ese niño se atribuya á un accidente.

FÉDOR. Con frecuencia ocurre que el menor descuido incendia esas cabañas fabricadas por lo regular de tablas y de paja.

FAUSTO. Me has comprendido. Ahora voy á alejarme de estos contornos.

FÉDOR. Iba á aconsejároslo.

FAUSTO. Acompáñame y hablaremos de los medios de que te vas á valer.

FÉDOR. Enhorabuena. (*Vánse hablando. Sale Jorge de su escondite.*)

ESCENA XII.

JORGE.

Nadie!.. *(Mirando con precaucion.)* Se alejan... Ah! Respiro! *(Quitándose la gorra.)* Quiénes son esos hombres? Qué contenia aquella carta que han recorrido con la vista? Qué hablaban de riquezas mal adquiridas?.. Qué necesidad tienen de esterminar al hijo de un siervo... de Miguel... de mi salvador? Oh! no puedo adivinarlo... pero felizmente conozco sus proyectos... Si... entre las frases que confusamente llegaban á mis oidos, he percibido estas ó semejantes palabras... «Es preciso que el hijo de Miguel cese de vivir hoy... la vieja que lo custodia lo dejará solo á la oracion, en una cabaña aislada, al pié de la cuesta...» No... no puedo dejar morir así al hijo de quien á mí me salva... Corro á buscar á Miguel... *(Deteniéndose.)* Los leñadores me prenderian y... *(Se oye la campana de la iglesia.)* La campana... la señal! Oh! corro á la cabaña de la vieja á sacar de ella al pobre niño!.. Pero qué será de mí, perseguido, estraño en este país?.. Qué importa?.. Marchemos... *(Deteniéndose en el fondo.)* Un leñador se acerca... Vamos; Miguel no ha titubeado antes en sacrificarse por mí... No vacilemos tampoco. *(Huye por la derecha. Aparece Tolapp por el fondo con su jaula llena de pájaros.)*

ESCENA XIII.

TOLAPP.

He cojido tres, y á no haberme caido de lo alto del árbol, tendria ahora en esta jaula un mirlo... *(A los pájaros.)* Hola, compañeros!.. Cualquiera diria que disputábais... bien os acariciábais antes al aire libre. *(Pone la jaula en la me-*

sa.) Luego me vendreis diciendo que el cautiverio modifica el carácter... *(Con altivez cómica.)* porque sois mis esclàvos... sí, ahora á mi vez soy vuestro amo, lo que me consuela de ser el criado de los demas. Observo que la esclavitud os disgusta, amigos mios; pero qué quereis? Os aconsejo que lo lleveis con paciencia como yo... Sin embargo, me desconsuela el veros tristes y abatidos en vuestra prision, pudiendo daros una idea de mi poder, decretando, si tal fuera mi voluntad, vuestra emancipacion... (*Resuelto.*) Sí; voy á permitirme daros una prueba de mi clemencia. Vale más una rama, por pequeña que sea, en la llanura, que una jaula de oro en la ciudad... (*Toma la jaula y la coloca en tierra en el camino á la derecha.*) Atencion, seres plumíferos!.. la puerta de vuestra prision va á abrirse de par en par... y mi corazon late tan apresuradamente como el vuestro. (*Abriendo la puerta de la jaula.*) Salid con órden, hijos mios... si gustais... Oiga!.. No se hacen de rogar... Còmo vuelan!... Buen viaje, amigos. Me alegro no haber cojido al mirlo... (*Se dirige al fondo y se detiene.*) Diablo!.. Cuánta gente!... Allí veo á Fédor que sin duda me cree rezando en la iglesia... Desfilemos! (*Váse por la derecha. Blum y Fédor entran por el fondo con Morgatch, Kaciane y soldados.*)

ESCENA XIV.

FÉDOR.—BLUM.—MORGATCH.—KACIANE.—*Soldados.*

FÉDOR. Aquí debe estar.

BLUM. No hay nadie. (*Kaciane mira detrás de los haces.*)

FÉDOR. En efecto.—Decíais, capitan...

BLUM. (*Señalando á Morgatch y Kaciane.*) Que esos dos siervos creen haber visto á Miguel cerca de la colonia; mas despues han descubierto que era un estranjero envuelto en el traje de ese siervo.

MORGAT. Un francés disfrazado; y tanto es así, que apenas nos vió se deslizó por la maleza sin que pudiéramos darle alcance.

KACIANE. (*Viendo el capote de Jorge.*) Aquí hay un uniforme...

BLUM. (*Examinándolo.*) No hay duda. (*Tira el uniforme sobre el banquillo.*)

FÉDOR. Es preciso buscar y prender al traidor. (*Mirando por la izquierda.*) Esperad... por allí viene... Ya lo veis; no trae su sobretodo.

BLUM. Silencio! (*Todos se quedan inmóviles.*)

FÉDOR. (*Ap.*) Temia que hubiese ido á la cabaña.

ESCENA XV.

Dichos.—MIGUEL, *entra pensativo y se detiene sorprendido.*

MIGUEL. Qué hace aquí tanta gente?

BLUM. (*Mostrándole el uniforme.*) Conoces este uniforme?

MIGUEL. (*Ap.*) Maldicion!

BLUM. Qué has hecho de tu sobretodo? (*Silencio de Miguel.*) Tú has disfrazado al francés que acaba de escapársenos.

MIGUEL. (*Ap.*) Ah! se ha salvado!

BLUM. Nada dices en tu defensa?

MIGUEL. Capitan, el padre de ese soldado me salvó en Francia, y la gratitud...

BLUM. Luego confiesas que tú has sido...

MIGUEL. Por ventura no me condenan las apariencias?

BLUM. Síguenos á la prision...

MIGUEL. Ah!

FÉDOR. Para ser desterrado á la Siberia.

MIGUEL. Dios mio!... (*Ap.*) Y la condesa?

BLUM. Partamos.

MIGUEL. (*Conmovido.*) Capitan, tengo que pediros una gracia.

BLUM. Cuál?

MIGUEL. Que confieis mi hijo Pablo al mejor de mis amigos... á Tolapp el siervo.

FÉDOR. Es inútil.

MIGUEL. *(A Blum.)* Y que me permitais dirijirle una recomendacion... la última de un padre que no volverá á ver á su hijo.

BLUM. Permitido.

MIGUEL. (Él se encargará de llevárselo á la Condesa.) (*Alto mirando en derredor.*) No le veo... no está aquí.. Ah! yo os lo ruego, capitan. (*Apercibiendo á Tolapp que entra azorado por la derecha.*) Bendito sea Dios! Tolapp, escucha...

ESCENA ULTIMA.

Dichos.—TOLAPP.

TOLAPP. (*Sumamente agitado.)* Pronto, díme; está aquí Pablo?

MIGUEL. No... Por qué lo preguntas?

TOLAPP. Desgraciado!... porque la cabaña de la vieja acaba de ser presa de las llamas.

MIGUEL. (*Dando un grito.*) Pablo!... Hijo mio!... (*Quiere correr; los soldados que están al fondo se lo impiden.*)

FÉDOR. (*Oponiéndose á su paso.*) Ya lo veis, capitan; es un lazo para escaparse...

TOLAPP. Un lazo? Desde aquí se distinguen las llamas!

BLUM. Soldados... custodiad al culpable... Vosotros, siervos, corred á prestar auxilio.

TOLAPP. Sí, sí, vamos. (*Váse corriendo con Morgatch y Kaciane. Miguel quiere seguirlos y los soldados le impiden la salida.*)

MIGUEL. (*Con desesperacion luchando inútilmente por salir.*) Dios mio!... Qué he hecho del depósito que su madre me ha confiado? Ah! señor Bernard, señor Bernard!... ¡No sabeis lo que me cuesta la vida de vuestro hijo! (*Cae desmayado en brazos de los soldados.*)

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

Salon en casa de la Condesa Alejandra en Arckángel. Gran puerta al fondo: ventana lateral á la izquierda en segundo término. Puerta lateral á la derecha en primer término: enfrente de la ventana una chimenea con espejo. Sillas: una mesa á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

SOFÍA.

(*Al levantarse el telon aparece mirando por la ventana.*)

Sin duda es el carruaje del príncipe Fausto el que ha pasado... He reconocido á Tolapp en el pescante. (*Quitándose de la ventana.*) Eso es que el mayordomo Fédor viene, como de costumbre, á interrogarme misteriosamente... Con tal que me traiga el retrato de la señorita Paula...

ESCENA II.

SOFÍA.—SCHMITCH.—*Despues la* CONDESA *y* PAULA.

SCHMITC. (*Entrando por el fondo.*) Cómo, Sofía?... No has oido que el coche de la señora Condesa ha entrado en el patio?

SOFÍA. No...

SCHMITC. Chits!... Ya están aquí. (*Entra en el cuarto lateral de la derecha. La Condesa y Paula salen por el fondo. Sofía se acerca á la Condesa para quitarla el abrigo.*)

CONDES. No... ocúpate de mi hija.

(*Sofía toma el abrigo de terciopelo que le alarga Paula. Esta se coloca delante del espejo y se ar-*

regla el tocado. Sofía vuelve á acercarse á la condesa y vase con los dos abrigos.)

ESCENA III.

La Condesa.—Paula.

Paula. (*Mirándose al espejo.*) Madre, he observado que durante la misa, el príncipe Fausto no apartaba de mí sus ojos.

Condes. (*Sentándose cerca de la mesa.*) Yo tambien lo he reparado... Y vamos: qué tal te encuentras?

Paula. (*Sin quitarse del espejo.*) Te confieso que hoy mi indulgencia no tiene límites.

Condes. Es decir, que crees estar muy linda...

Paula. Yo...

Condes. Hola! hola!... Y no me preguntas si soy de tu opinion?

Paula. (*Acercándose á la Condesa.*) Es inútil.

Condes. Por qué?

Paula. No hay hijas feas para los ojos de una madre.

Condes. Oiga... Pues, sin embargo, despues de haberte visto tan pálida, tan...

Paula. Con que tan mala he estado?

Condes. Peligrosamente, hija mia.

Paula. No te aflija ese recuerdo: te aseguro que nunca me he sentido mejor que hoy.

Condes. Segun eso, hija mia, ya no tendrás necesidad de los cuidados ni de la ciencia del doctor Ricardo?

Paula. De su ciencia, no; pero la prudencia exige que siga sus consejos durante algun tiempo.

Condes. Eso crees?

Paula. Sí por cierto.

Condes. Admiro verdaderamente tu cordura... Sin embargo, piensa en que ese jóven, que iba de paso por nuestra ciudad, nos ha sacrificado un tiempo precioso... su libertad...

Paula. (*Inquieta.*) Qué?... Le has oido quejarse?

Condes. No seguramente; pero el señor Bernard, su padre, sé que anda preparando el viaje, y pronto tal vez...

PAULA. Es preciso no decirle que estoy ya completamente restablecida. (*Levantándose pensativa.*) Quién sabe si despues de su partida puede reaparecer la enfermedad!...

SCHMITC. (*Entrando.*) El almuerzo de su Excelencia está en la mesa.

PAULA. (*A la Condesa.*) Ven... Ya encontraremos un medio de prolongar su estancia.

CONDES. (*Aparte reflexionando.*) Debo temer ó bendecir este amor que nace en su corazon?

PAULA. No vienes, madre?

CONDES. Sí, hija mia, vamos. (*Toma afectuosamente á Paula de la mano, y vase con ella por la derecha.*)

ESCENA IV.

SCHMITCH.—*Despues* BERNARD.

SCHMITC. Es un gozo contemplar dichosa á la señora, despues de haberla visto tan inquieta y triste en la enfermedad de su hija!... (*Oyendo ruido.*) Quién es?... Ah! el señor Bernard!

BERNAR. (*Entrando.*) La señora Condesa y la señorita Paula, están buenas?

SCHMITC. Sí señor; acaban de sentarse á la mesa... Quereis que os anuncie?

BERNAR. No... no las molesteis. Ha venido mi hijo?

SCHMITC. No señor. (*Mirando por la ventana.*) Ahora atraviesa el jardin.

BERNAR. Tanto mejor... Tengo que hablarle.

SCHMITC. Voy á decirle que le estais esperando.

BERNAR. Como gusteis. (*Vase Schmitch por el fondo.*)

ESCENA V.

BERNARD.—*Luego* RICARDO.

BERNAR. (*Sentándose.*) Hénos al fin en víspera de abandonar la Rusia despues de dos años de inútiles pesquisas y de crueles tormentos. Pobre Mi-

guel!... Condenado por mi causa!... Al menos me queda la satisfaccion de haber cumplido con mi deber.

RICARDO. (*Entrando.*) Me esperábais, padre?

BERNAR. Sí, Ricardo: deseaba decirte que ya he recibido del consulado nuestros pasaportes.

RICARDO. Tan pronto!

BERNAR. (*Acercándose á la puerta de la derecha.*) Vamos á despedirnos sin tardanza de la señora Condesa y de Paula; mañana nos pondremos en camino para Francia.

RICARDO. (*Contrariado.*) Mañana, padre mio?

BERNAR. Qué puede retenernos aquí?

RICARDO. (*Con pena.*) Nada... teneis razon.

BERNAR. (*Observándole.*) Qué significa esa emocion?

RICARDO. Ay! En vano quiero ocultaros mi dolor.

BERNAR. (*En voz baja.*) Desgraciado!

RICARDO. Sí, padre mio, y culpable tal vez...

BERNAR. Sí, culpable; ese amor que he adivinado hace dias puede ser un crímen si no le sofocas á tiempo. Cómo te atreves á amar á la señorita Paula, rica y noble, tú que pasas en este país por el hijo de un soldado francés, cuando en realidad solo eres el de un siervo ruso (*Bajando la voz*) sobre quien harian pesar el yugo de la esclavitud si descubrieran tu orígen?

RICARDO. Decís bien. Soy víctima de una pasion que nada justifica. Desde hace dos meses lucho inútilmente por combatirla. Por eso la señal de partida me arranca un grito del alma... Perdonadme, padre mio. (*Apoyándose en el hombro de Bernard.*)

BERNAR. Pobre Ricardo!

RICARDO. (*Con resolucion.*) Empero si soy culpable, no seré criminal. Nunca olvidaré que me sacásteis de este país de esclavos para procurarme afecciones y familia, y que despues de atender á mi carrera, me revelásteis mi nacimiento para estimular en mí el deseo de consolar y abrazar algun dia á mi padre... á mi pobre padre... el siervo del Norte...

BERNAR. (*Asustado.*) Más bajo, hijo mio.

RICARDO. (*Bajando la voz.*) Y que habeis aceptado las

consecuencias de un penoso viaje que hemos llevado á cabo. Aun recuerdo el dia que supimos en Rusia la inicua deportacion de mi padre... aun recuerdo que me infundisteis vuestro valor acompañándome hasta el fondo de la Siberia en busca de sus huellas... y en fin, que adivinando su muerte por la inutilidad de nuestros esfuerzos, tributásteis santas lágrimas á la memoria de ese padre que no he llegado á conocer.

BERNAR. Eso y mucho más le debia.

RICARDO. Estoy pronto á marchar. (*Llama y aparece Sofia.*) Os ruego que pregunteis á la señora Condesa si puede recibirnos.

SOFIA. La señora Condesa me ha encargado no os detenga un instante.

RICARDO. (*A Bernard.*) Vamos, padre mio; entremos á ver á la señora Condesa y á su hija, para darlas el último adios. (*Vá hácia la derecha.*)

BERNAR. Apiadaos de él, Dios mio!

RICARDO. (*Enjugándose los ojos.*) Venid.

ESCENA VI.

SOFIA.—*Despues* TOLAPP.

SOFIA. (*Viéndolos marchar.*) Observo que el señor Ricardo está triste... Habrá descubierto el amor del príncipe Fausto á la señorita Paula? (*Con impaciencia.*) Y Fédor que no viene!.. Oh! si la Condesa descubre que el retrato de su hija no está en su sitio... (*Llaman al fondo.*) Sin duda es él... (*Abre.*) Tolapp!

TOLAPP. (*En la puerta.*) Se puede entrar?

SOFIA. Sí. Vienes de parte del príncipe?

TOLAPP. Chist!.. El príncipe me ha hecho parar el carruaje en la esquina de la calle y ha tomado con Fédor el camino del paseo. Con este motivo, vengo secretamente á presentar mis homenajes á la señora Condesa.

SOFIA. Está almorzando.

TOLAPP. No tengo yo esa fortuna.

SOFIA. Quieres esperarla?

TOLAPP. Y si en tanto llega el amo y no me encuentra en el pescante?

SOFIA. Con efecto; tiene malas pulgas.

TOLAPP. (*Con resolucion.*) Mejor; así como así, algunos bastonazos más ó menos no me harán más rico ni más pobre. Estoy resuelto; me quedo.

SOFIA. Y si te...

TOLAPP. No seré yo solo quien reciba los golpes.

SOFIA. No?.. Pues quién?..

TOLAPP. Dos pieles de carnero que llevo cosidas en el forro y que comparten conmigo honradamente los golpes. Ahora bien; si quisieras decir á la señora Condesa que estoy aquí... Ay! es tan buena que...

SOFIA. Se lo diré.

TOLAPP. Sí, hija mia, vete y que Dios te conceda un buen novio. (*Váse Sofia.*)

ESCENA VII.

TOLAPP.—*Despues la* CONDESA.

TOLAPP. No me moveré de aquí hasta revelarla mi secreto... No faltaba más! Hola! hola! señor príncipe!.. Con que estais resuelto á que la señorita Paula sea vuestra mujer!.. No vais á llevaros mal chasco...Con que no os importa la oposicion de la Condesa Alejandra, como deciais á Fédor, vuestro enemigo malo? Con que sabreis sorprenderla y obligarla, si no sucumbe á vuestros caprichos?.. Eso lo veremos. Aquí estoy yo para prevenirla... (*Viendo entrar á la Condesa.*) Ya viene... Vamos derecho al asunto.

CONDES. (*Saliendo por la derecha.*) Amigo mio, Sofia me ha dicho...

TOLAPP. Gracias, señora, pues os habeis dignado venir... Cómo está la señorita Paula?

CONDES. Perfectamente.

TOLAPP. En ese caso, señora, pronto tendremos el gusto de asistir á su casamiento con... (*Interrumpiéndose.*)

CONDES. Con quién?

TOLAPP. Con el príncipe Fausto. (Estalló la bomba.)

CONDES. Acaso el príncipe Fausto está enamorado de mi hija?

TOLAPP. Qué... Lo ignorábais, señora?

CONDES. Me lo temia: pero, cómo sabes tú?..

TOLAPP. Escuchadme, pues solo por confiároslo todo me he permitido venir á vuestra casa.

CONDES. (*Sentándose cerca de la chimenea.*) Di lo que sepas.

TOLAPP. Conduciendo dias pasados el trineo del príncipe, oí la conversacion que este sostenia con Fédor acerca de la señorita Paula; redoblé mi atencion y...

CONDES. (*Inquieta.*) Y qué decia el príncipe?

TOLAPP. Que antes de quince dias seria la señorita su mujer.

CONDES. (*Lo mismo.*) Eso decia?

TOLAPP. Y cuando Fédor le habló de dificultades que vencer... de obstáculos imprevistos que allanar...

CONDES. Qué respondió el príncipe?

TOLAPP. Que los venceria todos aun á costa de su vida.

CONDES. Ah! Tolapp!.. No puedes figurarte el servicio que me has prestado. Te prometo que Paula no será nunca esposa de Fausto.

TOLAPP. De veras? Ah! lo que me decís me quita un peso... Sé que por haber abandonado mi puesto voy á recibir una buena correccion, pero la acepto con delicia, hasta con reconocimiento. Con todo, voy á evitarla, ganando en dos brincos el coche.

CONDES. No sé cómo recompensar tu cariño.

TOLAPP. Estoy suficientemente pagado con el berrinche que pasará mi tierno y bondadoso príncipe... Si yo pudiera cazarle como á un mirlo... Señora Condesa, que Dios os colme de gloria. (*Váse corriendo.*)

ESCENA VIII.

La Condesa, *levantándose y con animacion.*

Fausto enamorado de Paula!.. Ese hombre violento y cruel que no conoce obstáculos á sus deseos pretender la mano de Paula!.. Oh! nunca. Vamos: es necesario que la mande á Suecia... que la revele el doloroso secreto de su nacimiento... No en balde la Providencia, previsora siempre, ha hecho brotar en el corazon de Paula un sentimiento consolador... Sí, Paula ama á Ricardo y podré confiársela... Con tal que el señor Bernard no haya formado respecto de su hijo proyectos allá en Francia... Es preciso salir de esta duda sin tardanza. (*Llama y se sienta cerca de la mesa.*)

ESCENA IX.

La Condesa.—Schmitch.

Schmitc. (*Por el fondo.*) Ha llamado la señora Condesa?
Condes. Dí al señor Bernard que deseo hablarle y quédate al lado de mi hija esperando sus órdenes.
Schmitc. Bien, señora Condesa. (*Váse.*)

ESCENA X.

La Condesa.—*Luego* Bernard.

Condes. Debo absolutamente retenerlos algunos dias.
Bernar. (*Saliendo.*) Estoy á vuestros piés, señora Condesa.
Condes. Señor Bernard, tengo que pediros un favor.
Bernar. Cuál, señora?
Condes. Os ruego que suspendais vuestra marcha.
Bernar. Imposible, señora.
Condes. Solo por algunos dias.
Bernar. Quereis prolongar más tiempo vuestra amable

hospitalidad y yo no debo consentirlo. Nuestra permanencia en vuestra casa puede ser peligrosa, señora; ocultároslo por más tiempo seria un crímen.

CONDES. ¿Qué peligro hay en eso?

BERNAR. Ricardo, mi hijo, se atreve á aspirar al amor de vuestra hija.

CONDES. (*Con calma.*) Lo sospechaba.

BERNAR. Lo sospechábais?... Vuestra tranquilidad, lo confieso, me sorprende y me confunde. Olvidais que Ricardo es hijo de un pobre oficial?

CONDES. Hacedme el favor de sentaros y prestarme algunos minutos de atencion. (*Bernard se sienta cerca de la Condesa.*) Señor Bernard, he creido siempre que la nobleza del alma y el talento eran dotes que, en cambio de su fortuna, debia esperar mi Paula del hombre que fuese su esposo... Así es que no me sorprende el sentimiento que ha inspirado á vuestro hijo.

BERNAR. Señora, me conmueve tanto desinterés y debo pagar con leal franqueza vuestra generosidad. Perdóneme Dios si desvanezco una esperanza que hubiera sido para mí el más bello de los sueños!... Ricardo no puede ser el esposo de una mujer rusa, porque hay en su nacimiento un secreto que ya debo revelaros. (*Confidencialmente acercando su silla á la de la Condesa.*) Ricardo es hijo de un siervo ruso... Es un pobre niño que en la época de nuestras guerras recojí en este pais y he educado en Francia ... Ya veis que su amor á vuestra hija, seria una desgracia.

CONDES. No, capitan: para Paula, lo mismo que para Ricardo, Rusia tiene sus peligros.

BERNAR. (*Levantándose.*) Qué quereis decir?

CONDES. (*Levantándose tambien y asegurándose que están solos.*) Paula no es hija mia.

BERNAR. ¿Es posible?

CONDES. Sin penetrar en más pormenores sobre un pasado lleno de dolorosos recuerdos, permitid que considere á Ricardo como á vuestro hijo adoptivo: en cambio os ruego que mireis á Paula como á mi hija adoptiva.

BERNAR. Es decir, señora, que esos jóvenes podrán amarse?

CONDES. Y aun casarse en Suecia, donde conservo todos mis bienes.

BERNAR. ¡Casarse!

CONDES. Y ahora, consentís en suspender vuestra partida?

BERNAR. Hasta cuando gusteis.

CONDES. Gracias. Voy á participar á Paula esta buena noticia.

BERNAR. Y yo á consolar á Ricardo. (*Ofrece el brazo.*)

CONDES. Vamos, pues. (*Vánse hablando por la derecha. La puerta del fondo de la izquierda se abre lentamente. Aparece Fédor.*)

ESCENA XI.

FÉDOR.—*Luego* SOFÍA.

FÉDOR. No oigo á nadie... Entremos, pues no he encontrado á Sofía en las antecámaras. (*Viéndola entrar por la derecha.* Ya viene. (*A Sofía.*) Me has visto entrar en el palacio?

SOFÍA. Sí; pero no podia dejar sola á la señorita.

FÉDOR. Ya sabes que el príncipe te ha prometido un buen dote si le sirves fielmente.

SOFÍA. Creo que hasta ahora no tendrá queja de mí.

FÉDOR. Pues bien...

SOFÍA. Ante todo, devolvedme el retrato de la señorita Paula.

FÉDOR. Aquí lo traigo. (*Saca dos de su bolsillo.*) Mira... No, no es este... ¿Cuál será? Acabo de recojerlos de casa del pintor: ya ves que ha bastado un dia para sacar una copia tan exacta que apenas se distingue del original.

SOFÍA. (*Haciendo un movimiento para salir.*) Voy á ponerlo en su sitio...

FÉDOR. Espera. ¿Qué sabes de nuevo?

SOFÍA. Que la señorita Paula ama al doctor Ricardo.

FÉDOR. Tanto peor para ella... Y la Condesa?...

SOFÍA. No opone obstáculo al cariño de ambos jóvenes, no sé si por gratitud ó debilidad. Una larga con-

versacion que acaba de tener con el señor Bernard me hace presentir, ó un próximo casamiento, ó un viaje cercano.

FÉDOR. Diablo!... Si desapareciera Paula y se casara lejos de aquí...

SOFÍA. Sigue el príncipe enamorado?...

FÉDOR. Sí, y este amor vá á causar nuestra perdicion, estoy seguro de ello; voy á aconsejarle que tome sus medidas sin tardanza.

CONDES. (*Dentro.*) Sofía!

FÉDOR. La Condesa!... No quiero que me vea.

SOFÍA. Idos. (*Cierra la puerta tras él.*)

CONDES. (*Dentro llamando.*) Sofía! (*Aparece.*)

ESCENA XII.

SOFÍA.—LA CONDESA.

CONDES. Sofía, ¿no oís que os llamo? Dónde está el retrato de la señorita Paula?

SOFÍA. (*Cortada.*) El retrato!... Como no esté en vuestro tocador...

CONDES. Lo he buscado inútilmente... (*Mira sobre la chimenea.*)

SOFÍA. Esta mañana mismo lo he visto...

CONDES. (*Mirando en la mesa.*) Dónde?

SOFÍA. No puedo decirlo á punto fijo... pero estoy segura que lo encontraré entre vuestras joyas.

CONDES. Ve, pues. (*Váse Sofía por la derecha.*)

ESCENA XIII.

LA CONDESA.—*Luego* PAULA.

CONDES. No se por qué un presentimiento me dice que la pérdida de ese retrato es un siniestro presagio de desgracia... No, no puede haberse estraviado... Busquémosle de nuevo... Nada; no lo tengo sobre mí... (*Saca una cadena del seno.*)

PAULA. (*Entrando con el retrato en la mano.*) Toma, madre.

CONDES. Al fin!... Dónde estaba?

PAULA. Es particular. Registrando por segunda vez con Sofía el cofrecillo donde guardas las joyas, lo hemos hallado.

CONDES. Efectivamente que es estraño... Muy preocupada debia estar cuando no dí con él... (*Lo suspende en la cadena.*)

PAULA. Con que es cierto que el señor Bernard no se marcha ya?

CONDES. (*Sonriendo.*) Como aun tienes necesidad de los consejos de su hijo...

PAULA. Ciertamente.

CONDES. Todavia tengo que darte otra noticia.

PAULA. Buena? Como la anterior quizá?...

CONDES. Más triste.

PAULA. (*Inquieta.*) Oh! habla.

CONDES. (*Pensativa.*) Tú embelleces mi vida, hija mia.

PAULA. (*Reponiéndose.*) Hasta aquí no veo que tenga eso nada de triste.

CONDES. (*Lo mismo.*) No falta quien lo ha observado...

PAULA. Tanto mejor.

CONDES. El príncipe Fausto, que te vé con frecuencia, es quien...

PAULA. El príncipe Fausto!

CONDES. (*Continuando.*) Se ha prendado violentamente de ti.

PAULA. (*Con espanto.*) Gran Dios!

CONDES. (*Examinando á Paula con atencion.*) Tolapp ha venido á decirme que el príncipe ha prometido á Fédor hacerte princesa.

PAULA. (*Con terror.*) Yo su mujer!...

CONDES. (*Besándola afectuosamente.*) Oh! nunca!

SCHMITC. (*En la puerta del fondo.*) Señora Condesa, el coche del príncipe Fausto acaba de entrar en el patio del palacio.

PAULA. Cielos!

CONDES. Él!... (*Al criado.*) Dile que entre.

PAULA. Oh! si viene á pedirte mi mano...

CONDES. Aléjate.

PAULA. Prefiero la muerte, madre mia.

CONDES. (*Señalándola la puerta de la izquierda.*) Déjame sola con él.

PAULA. (*Cerca de la puerta.*) Ya conoces su carácter irascible...

CONDES. Tranquilízate: le despediré hábil y políticamente.

PAULA. (*Anunciando.*) Su Excelencia el príncipe Fausto. (*Váse Paula. La Condesa procura reponerse de su emocion en tanto que Fausto aparece en el fondo.*)

ESCENA XIV.

LA CONDESA.—FAUSTO.

FAUSTO. (*Saludando profundamente.*) Señora...

CONDES. (*Devolviendo el saludo.*) Príncipe, á qué debo el placer de una visita tan inesperada?

FAUSTO. Hace ya dias, Condesa, que mis mensajeros me llevan noticias satisfactorias del estado de la señorita Paula, y hoy he resuelto cerciorarme yo mismo de la realidad.

CONDES. Sois muy galante... (*Indicándole una silla junto á la mesa.*) Príncipe... (*Fausto se sienta: la Condesa tambien al otro lado de la mesa.*) Tanto interés...

FAUSTO. No os sorprenderá, Condesa, cuando sepais los proyectos que he formado acerca del porvenir de la señorita Paula.

CONDES. Esplicaos.

FAUSTO. Señora, amo á vuestra hija con delirio...

CONDES. Vos?

FAUSTO. Y quiero consagrarla mi vida dándola mi nombre.

CONDES. En verdad que no sé cómo agradeceros el honor que la tributais; pero una mujer debe ante todo llevar á su esposo un corazon libre, y el de Paula no le pertenece.

FAUSTO. Qué decís?

CONDES. Está prometida...

FAUSTO. A quién, señora?

CONDES. Al jóven médico que la ha asistido en su enfermedad.

FAUSTO. (*Levantándose.*) A ese francés que carece de nobleza y de fortuna?

CONDES. (*Levantándose.*) Ya sabeis que el talento puede aspirar hoy á todo.

FAUSTO. Es imposible que tomeis sériamente un sentimiento tan frágil como insensato. Felizmente mi principado y mis riquezas abren á los ojos de vuestra hija un porvenir más brillante. He heredado al príncipe Constantino, vuestro esposo, en virtud de una condicion especial del Czar que escluia á las hembras del principado de Arckángel. Así, pues, Condesa, una justicia providencial me ha inspirado este amor que me impele á partir con vuestra hija la fortuna de su padre, y vos no podeis oponeros á tan justo decreto del cielo.

CONDES. Siempre he aprobado la voluntad imperial que ha dispuesto del título de mi esposo: por lo que hace á mí, debo mirar por el porvenir y la dicha de mi hija. Su corazon será mi sola guia.

FAUSTO. Tened piedad de mí.

CONDES. Soy madre. (*Fausto hace un movimiento.*)

FAUSTO. En ese caso, ya solo tengo que pediros una gracia.

CONDES. Cuál?

FAUSTO. Prometedme retardar algunos meses el matrimonio de Paula.

CONDES. No podria cumpliros mi palabra.

FAUSTO. Segun eso, estais decidida á casar á vuestra hija con ese francés?

CONDES. Lo he jurado.

FAUSTO. Me retiro pues.

CONDES. (*Con alegría.*) Al fin! (*Fausto se detiene en la puerta del fondo*)

FAUSTO. Una palabra, la última.

CONDES. Hablad.

FAUSTO. Observo que no conoceis las leyes que rijen en Rusia sobre la servidumbre.

CONDES. (*Espantada.*) La servidumbre!...

FAUSTO. Si.

CONDES. (*Procurando ocultar su emocion.*) No... no las conozco... Además, qué tienen que ver...

FAUSTO. (*Con dureza.*) No... lo adivinais?

CONDES. (*Temblando.*) No!...

FAUSTO. (*Con intencion.*) A qué viene entonces esa palidez?...

CONDES. Yo?... (*Se apoya temblando en un sillon.*)

FAUSTO. «Donde quiera que un señor, dice la ley, en»cuentre á uno de sus siervos sustraido á su vi»gilancia, ejercerá sobre él los mismos derechos »que en la época de su servidumbre.»

CONDES. (*Procurando reponerse.*) Repito que no adivino lo que me quereis decir.

FAUSTO. Porque ignorais sin duda que hace veinte años interceptè una carta que os dirigian al pueblo de Falaises.

CONDES. (*Ap.*) Una carta! (*Alto.*) Cada vez comprendo menos vuestros misterios... (*Con tono convulsivo.*) Lo que sé es que he jurado labrar la ventura de mi hija, y que nada de este mundo me lo impedirá.

FAUSTO. (*Acercándose á la Condesa.*) «El siervo ó la »sierva, dice tambien la ley, no podrá contraer »matrimonio sin el consentimiento escrito de su »amo y señor.» Señora, mañana vendré á ofrecer á vuestra hija una corona de princesa... Hasta mañana, pues. (*Vase por el fondo.*)

ESEENA XV.

CONDESA.—*Luego* PAULA.—*Despues* RICARDO *y* BERNARD.

CONDES. Ha leido una carta!... Sabe mi secreto de hace veinte años!... Luego ha sido por él por quien pereció abrasado mi hijo!... (*Con desesperacion.*) Y no puedo acusarlo sin confesar que Paula no es mi hija... Oh! desesperacion!

PAULA. (*Entrando.*) Madre, le has dado una formal negativa?

CONDES. Paula!... (*Se sienta vacilante.*)

PAULA. Cielos!... Qué tienes?

CONDES. Nada.

PAULA. Dios mio!... Estás llorando!... (*Llama en la puerta de la derecha.*) Venid á socorrer á mi madre! (*Salen Bernad y Ricardo.*)

RICARDO. (*A la izquierda de la Condesa.*) Qué teneis, señora?

CONDES. Nada, doctor.

BERNAR. (*Pasando á su derecha.*) Os ha ultrajado el príncipe?

CONDES. Ah! señor Bernard! Mandad que preparen los caballos al momento... Vamos á marchar.

BERNAR. Marchar?...

CONDES. A Suecia.

RICARDO. Viajar en una estacion de avalanchas y tempestades...

CONDES. (*Con delirio.*) Aqui es donde nos amenaza la avalancha... donde la tempestad va á estallar... *(Levantándose y designando á Paula.)* Me la ha pedido para esposa...

PAULA. Fausto!...

RICARDO. El príncipe!...

PAULA. *(A Ricardo.)* Oh! nunca! *(A su madre.)* No tiembles, madre... voy á buscarle y á decirle que le ódio... que...

CONDES. Desgraciada!... Te perderias!...

PAULA. Por qué?

CONDES. Porque no eres hija mia.

PAULA. Yo?...

CONDES. Porque tus padres eran siervos del príncipe Fausto, que te pretende por esposa ó esclava.

PAULA. Dios mio!

BERNAR. *(A la Condesa.)* Señora, partiremos dentro de una hora...

PAULA. (*Fuera de sí.*) Fausto mi señor!... Yo su sierva!... Oh! salvadme, madre mia, salvadme! *(Se arroja llorando en los brazos de la Condesa. Bernard y Ricardo se dirigen á llamar al fondo mientras cae el telon.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una parte elevada de montaña en el Norte de Rusia, y cerca de la Suecia: en cuarto término, á la izquierda y frente al público, la torre de un faro que se pierde en el arco; en esta torre, y á la mitad de su altura, hay apoyado un techo cubierto de nieve, sostenido por vigas, que tiene dos palmos de profundidad, y ocupa la mitad del teatro. En la pared lateral de la izquierda una chimenea grande que la ocupa toda, y cerca de la cual, y casi fuera, hay una piedra grande que sirve de asiento. En el fondo, arrimada á la pared, y cerca de la chimenea, una mesa, y encima una lámpara y algunos vasos ó cubiletes; un hacha colgada en la pared. Un baston con punta de hierro, un fusil y un escabel.—A este faro, que ocupa un punto culminante de la montaña, dan muchos caminos; por consiguiente, cada uno de ellos supone baja á los valles. Caminos laterales; uno á la izquierda, en primer término, dos á la derecha, en primero y tercer términos. Al fondo un camino que va á dar detrás de la cabaña, y un montecillo algo elevado que domina el espacio. Horizonte de montañas, cielo gris, atmósfera brumosa, ruido de viento en la montaña; aspecto general triste y frio. Al alzarse el telon, Miguel vestido muy miserablemente, de lana burda, y de pieles de animales, que le resguardan del frio, está ocupado bajo el techado en arrollar cuerdas á su brazo. Fausto, envuelto en una capa, aparece viniendo del segundo camino lateral del tercer término.

ESCENA PRIMERA.

FAUSTO.—MIGUEL.—*Despues* FÉDOR.

FAUSTO. Esta es la torre del faro, y ese hombre el vigía de noche. Llamémosle. Hola! eh! Buen hombre!

MIGUEL. (*Que iba á entrar en la torre del faro, se detiene sorprendido.*) Qué quereis?

FAUSTO. Acércate... (*Miguel baja á la escena.*) Eres tú el

que enciende este faro y vigila aquí de noche?

MIGUEL. Sí.

FAUSTO. Ha venido alguien la noche anterior?

MIGUEL. Nadie.

FAUSTO. Ningun viajero errante, ni alguna viajera estraviada?

MIGUEL. No ha venido nadie.

FAUSTO. Nadie? (*Aparte alejándose de él.*) Qué habrá sido de Paula?

MIGUEL. Es eso todo lo que teneis que preguntarme?

FAUSTO. Todo. (*Miguel entra en la torre del faro y se pasea con agitacion.*) De seguro está en la montaña... pero dónde?... Veamos, quiero orientarme... (*A Miguel.*) Dime... Calla!... no está.

FÉDOR. (*Que acaba de entrar por la derecha del fondo tiritando de frio.*) Os habeis anticipado, señor...

FAUSTO. Sí; y el guia?

FÉDOR. (*Tiritando.*) Va á venir... Ha ido á decir á Tolapp que ate el caballo del trineo.

FAUSTO. Y bien, qué has sabido?

FÉDOR. Que la Condesa busca tambien en la montaña á la señorita Paula.

FAUSTO. Ya lo sabia yo...

FÉDOR. Habeis encontrado al vigía de ese faro?

FAUSTO. Sí... no ha visto á nadie.

FÉDOR. Ah! bien os decia yo, que al querer buscar á la señorita Paula en la estacion donde se habia detenido con la Condesa y los Bernard, ibais equivocado.

FAUSTO. No estoy convencido aun. Por otra parte, no habiendo podido lograr nada cerca de la Condesa... no debia hacer una tentativa cerca de Paula?

FÉDOR. No, mil veces no!.. era una imprudencia.

FAUSTO. De la que no me arrepiento... porque el miedo de Paula al verme á su lado... su emocion que la determinó á huir, la separó de la Condesa y de los Bernard.

FÉDOR. Tanto, que ahora no podeis amenazar ni á unos ni á otros... Así pues, ha obrado con cordura alejándose de ellos.

FAUSTO. Y yo creo que ha hecho mal en separarse de sus defensores, puesto que no ha podido ganar la Suecia.

FÉDOR. Quién sabe si estará allí á estas horas.

FAUSTO. Que quién sabe? Ademas de las relaciones de mis mensageros, no tenemos como prueba convincente los pasos de la Condesa, que la busca como nosotros?

FÉDOR. Es cierto... sí... preciso es confesar que teneis razon.

FAUSTO. Pues bien, Fédor... yo acaricio un proyecto que me llena de esperanzas.

FÉDOR. Siempre nuevos proyectos... gracias. Por mi parte, vuelvo á tomar el camino de Arckángel...

FAUSTO. Cómo!..

FÉDOR. Y á pensar en mi seguridad.

FAUSTO. *(Encolerizándose.)* Fédor!

FÉDOR. *(Lo mismo.)* Ah! si habeis creido que yo tengo ganas de morir aquí entre la nieve, por seguir vuestras locuras, os habeis engañado.

FAUSTO. Si como yo tuvieses una pasion en el pecho.....

FÉDOR. Sí, pero yo solo tengo reumatismos.

FAUSTO. El ejercicio te los curará.

FÉDOR. Gracias; os tomais demasiado interés en mi cura, y yo quiero ensayar el reposo.

FAUSTO. Vamos, Fédor; te juro que solo haré una tentativa más... una sola, que me entregará á Paula sin que yo me vea obligado á invocar la ley contra una sierva rebelde.

FÉDOR. Todavía ilusiones!

FAUSTO. Escucha y juzgarás!.. Que Paula haya hecho bien ó mal en aislarse... lo cierto es que está bien demostrado que se oculta en estas montañas, laberinto indescifrable, en el que la Condesa se perderá como nos hemos perdido nosotros mismos.

FÉDOR. Eso es inevitable.

FAUSTO. Ese guía que acabamos de tomar, conoce todas sus salidas?

FÉDOR. Sí, puesto que es su oficio.

FAUSTO. Pues bien, á él solo es á quien quiero encargar que busque á Paula.

FÉDOR. Tal vez la encontrará... pero... creeis que no desconfiará de él?

FAUSTO. Pára tranquilizarla y engañarla... tengo un medio infalible.

FÉDOR. Cuál?

FAUSTO. (*Enseñándole el retrato del primer acto.*) Este retrato...

FÉDOR. Su retrato!...

FAUSTO. Crees que vacilaria en seguir al guia, si se lo diese de parte de Ricardo?

FÉDOR. Seguramente tomaria esta copia por el original que lleva la Condesa, y engañada la jóven... teneis razon.

FAUSTO. Cállate, ahí está el guia. (*Entra el guia con Tolapp por el camino que pasa por detrás de la cabaña.*)

ESCENA II.

Los mismos.—EL GUIA.—TOLAPP.

EL GUIA. (*Vestido como un aldeano del Norte, con baston de puntas de hierro y fusil á la espalda.*) Señor... ya he hecho vuestra comision.

TOLAPP. (*Acercándose.*) Y yo vengo á ponerme á vuestras órdenes.

FAUSTO. (*A Tolapp.*) Has atado el caballo?

TOLAPP. Sí, monseñor.

FAUSTO. Está bien. (*Al Guia.*) Tú... acércate.

EL GUIA. (*Acercándose.*) Aquí me teneis.

FAUSTO. Acércate más. (*El Guia viene junto á él.*) Ya sabes que cuando te escogí por guia... me ofreciste ayudarme en todo?

EL GUIA. Me habeis pagado bien y anticipadamente, y estoy pronto á cumplir mi palabra.

FAUSTO. Está bien! Voy á esplicarte claramente lo que tienes que hacer. (*Designando el camino lateral de la izquierda.*) Toma ese camino, que quiero esplorar contigo. (*El guia pasa inclinándose delante de Fausto, y se detiene al borde del camino.*)

TOLAPP. (*Dando un paso.*) Debo seguiros, monseñor?

FAUSTO. No! quédate aquí... así te hallaré con más facilidad... si vuelvo. Sígueme, Fedor. (*Al guia.*) Y tú atiende á lo que voy á decirte. (*Vase hablando en voz baja con el guia.*)

FÉDOR. (*Ap. siguiéndolos.*) Ya he comprendido su proyecto.

ESCENA III.

TOLAPP.—*Despues*, MIGUEL.

TOLAPP. Que me hallará con más facilidad si vuelve... bueno... pero... y si no vuelve?.. (*Restregándose las manos.*) Estoy helado... transido... no sé si el príncipe llama á esto un viage de recreo! Si todos se le parecen... (*Viendo á Miguel que sale de la torre.*) Hola, buen hombre!

MIGUEL. (*Bajando á la escena y examinando á Tolapp.*) Dios mio!.. De dónde vienes tú?

TOLAPP. (*Restregándose las manos.*) De Arckángel.

MIGUEL. Es Tolapp!

TOLAPP. El mismo... pero y tú?

MIGUEL. No me reconoces?

TOLAPP. (*Considerándole.*) Serias acaso?..

MIGUEL. (*Abriéndole sus brazos.*) Mi buen Tolapp!

TOLAPP. Miguel!.. vivo! (*Echándose en sus brazos.*) Oh! mi antiguo compañero!

MIGUEL. (*Con emocion.*) Tolapp... en este pais!.. qué casualidad?..

TOLAPP. Vengo viajando con el príncipe Fausto.

MIGUEL. En una estacion tan fatal como la presente?

TOBAPP. Parece que no hay estaciones fatales cuando el objeto es distraer penas de amor. Si fuera para cazar algun mirlo... Pero dime, mi pobre Miguel, cómo es que tú, á quien creimos muerto en las neveras...

MIGUEL. Oh! háblame primero de Arckángel; la Condesa Alejandra?..

TOLAPP. Tan guapa y tan...

MIGUEL. Y... su... hija?

TOLAPP. La señorita Paula?..

MIGUEL. Si.

TOLAPP. Hermosa como una hada... y buena como una santa.

MIGUEL. (*Con emocion.*) Dices... que es hermosa?..

TOLAPP. Tanto, que de ella es de quien está enamorado el príncipe.

MIGUEL. Fausto!..
TOLAPP. Con que, cuéntame, Miguel,..
MIGUEL. (*Interrumpiéndole.*) Dices que Fausto está enamorado de la señorita Paula?
TOLAPP. Como un loco. Pero afortunadamente ella ha huido.
MIGUEL. Huido?.. Dónde? Cómo? Cuándo?..
TOLAPP. Figúrate que la pobre muchacha estaba en vísperas de casarse con un jóven francés...
MIGUEL. Un francés?..
TOLAPP. Cuando el amor del príncipe vino á servir de obstáculo al casamiento.
MIGUEL. De veras?
TOLAPP. Y la Condesa, espantada de esta rivalidad, tomó de pronto el partido de desaparecer con su hija y el novio, porque sin duda quiere casarlos en el estranjero.
MIGUEL. (*Pensativo.*) Casar ya á Paula!... (*Queda pensativo.*)
TOLAPP. Pero dime, cómo es que te encuentro aqui?...
MIGUEL. Yo estaba hace doce años en los mares polares, cuando el mayor Blum... en otro tiempo el capitan Blum....
TOLAPP. Que hoy es gobernador de Arckángel.
MIGUEL. Dios vele por sus dias! Me reconoció en una inspeccion que hizo á las neveras. Sabia que yo habia sido condenado por haber pagado una deuda contraida en el campo de batalla... y ese soldado generoso se propuso mejorar mi suerte.... No pudiendo esperar mi perdon, obtuvo para mí el destino de vigía en estas montañas próximas á la Suecia, donde sufro mi destierro en un clima menos fatal y menos duro.
TOLAPP. Y cuáles son tus recursos para vivir?
MIGUEL. La caza, y una racion de arroz que todas las semanas voy á buscar á la ciudadela.
TOLAPP. Muy delgado hilas... mi pobre Miguel!
MIGUEL. Triste es mi condicion en efecto, mi buen Tolapp... pero de la que hoy no tengo derecho á quejarme, pues, gracias á ella, puedo estrechar la mano de un hermano.
TOLAPP. (*Estrechándole la mano.*) Tal vez esto sea presagio de un porvenir mejor.

MIGUEL. *(Sonriendo.)* Tal vez.
TOLAPP. *(Enseñando una calabaza que lleva suspendida de un cordon.)* Si quieres... aquí tengo un vinillo que el príncipe dejó olvidado en su trineo...
MIGUEL. Vino!
TOLAPP. Vamos á beberlo brindando por dias mejores.
MIGUEL. *(Yendo á tomar un cubilete al foro.)* Con mucho gusto.
TOLAPP. *(Viendo á Fausto en el camino de la izquierda.)* Pero ahí viene el príncipe.
MIGUEL. El príncipe?
TOLAPP. Anda tambien de caza, como yo en otro tiempo. Lástima no le cacen á él!
MIGUEL. Hagamos como que nunca nos hemos visto.
TOLAPP. Eso es.
MIGUEL. *(Vivamente.)* Pero te llevará consigo, Tolapp?
TOLAPP. Tranquilízate... volveré... El faro me guiará.

ESCENA IV.

Los mismos.—FAUSTO.

FAUSTO. Acércate, Tolapp!... y quítame esta capa. *(Tolapp se acerca á él vivamente.)* Pesa demasiado. *(Se quita la capa, y se la dá á Tolapp.)*
TOLAPP. Debo volver al trineo, mi príncipe?
FAUSTO. *(Señalando el camino de la izquierda.)* No, Fédor descansa allí abajo, vé á ponerte á sus órdenes.
TOLAPP. *(Aparte desembarazándose de su calabaza.)* La dejaremos olvidada aquí... Miguel la encontrará. *(La cuelga de un clavo, en un poste de la derecha de la cabaña.)*
FAUSTO. Vamos!...
TOLAPP. Voy, señor, voy... *(Váse por la izquierda.)*

ESCENA V.

MIGUEL.—FAUSTO.

MIGUEL. *(Aparte, examinando á Fausto.)* Enamorado de Paula!

FAUSTO. (*Ap.*) El guia está en camino!... tomemos bien nuestras disposiciones. (*A Miguel.*) Dime, á dónde vá á dar ese camino? (*Señalando á la derecha.*)

MIGUEL. A la ciudadela.

FAUSTO. A la ciudadela? (*Subiendo al fondo y designando en el espacio.*) Y qué casas son esas que se distinguen en el fondo del valle?

MIGUEL. La ciudad de San Juan de tierras bajas.

FAUSTO. La que fué inundada por las aguas?

MIGUEL. Sí, monseñor... pero tan terrible desastre es imposible que se renueve.

FAUSTO. Por qué no? No son frecuentes en este pais las avalanchas?

MIGUEL. (*Que se ha acercado á él.*) Sí, monseñor... pero veis al otro lado del precipicio... una especie de muralla?

FAUSTO. La veo.

MIGUEL. En esa muralla hay siempre cañones cargados; y tan pronto como los rios, empezando á desbordarse, anuncian que se derriten las nieves de los montes Ourales, se envian soldados á la ciudadela, que por medio de cañonazos dan la noticia á San Juan.

FAUSTO. Comprendo: entonces los habitantes prevenidos....

MIGUEL. Se apresuran á cerrar los pozos de sus minas y á ganar las alturas para librarse de la inundacion... Creo que muy pronto oiremos la señal indicada, porque la nieve empieza á derretirse, y el viento es del Sur.

FAUSTO. (*Volviendo á la escena.*) Sí, en efecto... (*Miguel entra debajo del cobertizo, arregla su escopeta, y recoge algunas astillas de madera que pone en la chimenea.—Pensativo.*) Así... para ir á San Juan... necesita bajar siempre... Escucha. Una jóven acaba de estraviarse en la montaña; si durante mi ausencia, guiada por ese faro, llega hasta aquí...

MIGUEL. Continuad.

FAUSTO. Es necesario que la detengas hasta que yo vuelva: voy á esplorar este lado del monte...

MIGUEL. Y esa jóven...

FAUSTO. Es hija de una Condesa y yo la amo... Ya ves que la recompensa...
MIGUEL. Cielos!..
FAUSTO. Sobre todo ni una palabra de que yo estoy aquí.

ESCENA VI.

MIGUEL, *solo, procurando fijar su memoria.*

Paula... sola, espuesta á la avalancha que la amenaza... y al furor de ese hombre que la busca!... Si yo dejase adivinar que soy su padre... no daria la prueba viva de que ese Fausto es su amo?... Vamos! haré callar mi corazon... devoraré mis lágrimas... Apresurémonos á buscarla... *(Deteniéndose.)* Pero si la hallo en manos de Fausto y de sus sicarios... si tuviese que arrancársela... (*Yendo á tomar su carabina.*) Carguemos ante todo... este arma... (*Mientras carga la carabina debajo del cobertizo, Paula, vacilante y sin poder casi sostenerse, aparece en el camino arrastrándose con esfuerzo, viniendo del segundo camino á la derecha.*)

ESCENA VII.

MIGUEL.—PAULA.

PAULA. Al fin he llegado cerca de este faro... pero... temo sucumbir... antes de llegar á él... *(Se apoya en una piedra.)*
MIGUEL. (*Con el arma á la espalda.*) Señor!... Vos que sabeis todo lo que el padre ha sufrido... tened piedad de su hija! (*Se dirige hácia el fondo y ve á Paula.*) Una mujer... parece muy débil!... (*Deja la carabina y va hácia ella. Paula hace un gesto de temor al verle.*) Oh! no temais... qué teneis?...
PAULA. Es el frio... sin duda...
MIGUEL. Venid... (*Le sostiene.*) Allí hay fuego donde podremos reanimar... (*Llevándole cerca de la chi-*

menea.) Pobre mujer!... estais helada!... (*Aparte, despues de haberla hecho sentar en el escabel.*) Si fuese ella! (*Se echa en tierra para soplar el fuego que ha preparado: el fuego se enciende. —Levantándose.*) Este fuego combatirá el frio que os abruma...

PAULA. Desde ayer ando estraviada por estas montañas...

MIGUEL. (*Ap.*) Es Paula!

PAULA. He contado demasiado con mi valor.

MIGUEL. Pero por qué... sola...

PAULA. Por evitar una desgracia... sin preveer otra.

MIGUEL. (*Ap.*) Oh! es ella! Es Paula!... Dios mio!... (*La contempla.*)

PAULA. Al principio tuve valor, y me apresuré confiada, cuando ese fantasma de la noche que se llama el miedo, se apoderó de mi... oh! el miedo!.. el miedo!...

MIGUEL. (*Aparte contemplándola.*) Pobre niña!

PAULA. Cuando amaneció, me puse en camino poco á poco y á la ventura, esperando encontrar á alguno para preguntarle por mi camino...

MIGUEL. (*Inquieto.*) Y entonces?...

PAULA. El miedo me torturaba aun, oia voces ó pasos...

MIGUEL. Y... bien...

PAULA. Y cada vez que los oia... herida de un terror súbito... me ocultaba como una criminal... en fin... andando y deteniéndome á cada instante... me dirigí hácia este faro... gracias á vos... que me habeis socorrido... gracias.

MIGUEL. (*Arrodillándose junto á ella.*) A mí... hija... señorita...

PAULA. Pero yo no sé qué mal desconocido me agovia... mi debilidad resiste á todos mis esfuerzos... mis palabras espiran... en mis lábios... como si fuese á morir...

MIGUEL. Morir! Será tal vez el hambre?...

PAULA. El hambre! (*Reflexionando.*) El hambre... verdad es que desde ayer...

MIGUEL. (*Levantándose y buscando á su alrededor.*) Y no tengo nada!... nada!.. (*Aparte con desesperacion.*) Oh! Si pudiese al precio de toda mi sangre... (*Como herido de una idea y*

dirigiéndose hácia el camino de la derecha.) Ah! la ciudadela!... pero está tan lejos!... *(Desesperado.)* Y no hallaré nada para salvar á mi hija!... *(Viendo la calabaza que Tolapp ha dejado olvidada.)* Ah! La calabaza de Tolapp!... (*Va á cojerla: va á tomar un cubilete, y echa de beber temblando de emocion.*) Tomad... bebed... bebed de esto...

PAULA. *(Devolviéndole el cubilete despues de haber bebido.*) Gracias... Me parece que eso me reanima...

MIGUEL. Valor... señorita... valor... nada teneis ya que temer... porque yo podré ayudaros á encontrar á vuestra madre... que, segun dicen, os busca por la montaña...

PAULA. Mi madre! (*Levantándose.*) Oh! quiero partir! (*Vacila.*)

MIGUEL. (*Deteniéndola.*) Partir?... En vano lo intentaríais mientras el reposo no haya renovado vuestras fuerzas. (*La hace sentar en la piedra.*)

PAULA. Si!... porque no sé si es el efecto de ese fuego ó de esa bebida el que me ha reanimado... pero los ojos me pesan, y se cierran á pesar mio.

MIGUEL. No temais nada, señorita... es el sueño, la naturaleza que reclama y pide sus derechos... El sueño... es el benéfico reparador que Dios os concede... (*Bajando la voz cada vez más.*) Dejad... dejad mecer vuestra alma... Se ha dormido... pero sus párpados se agitan... Sufre.... Oh! no huyas de ella, sueño consolador!.... (*Contemplándola.*) Su frente está más tranquila. Duerme, duerme, ángel de inocencia y de candor que vienes á acariciar mi frente con tus álas... duerme en paz... tu padre vela tu sueño. (*Se quita su piel de carnero, y la estiende sobre Paula.—Oyendo el ruido del viento.*) Y ese viento que ruge sin cesar... si para preservarla ocultase su frente bajo el capuchon del manto... (*Levanta con precaucion el capuchon del manto de Paula.*) Pero antes de cubrir esa frente adorada... (*Al inclinarse para abrazar á Paula, Fausto aparece en el fondo.*) Gente viene! (*Deja caer el capuchon sobre el rostro de*

Paula, dá un paso y vé á Fausto.) Fausto! (*Toma instintivamente un hacha.*) Si la reconoce, le mato.

ESCENA VIII.

MIGUEL.—PAULA *dormida.*—FAUSTO.

FAUSTO. (*A Miguel.*) Y bien, qué sabes?
MIGUEL. Nada.
FAUSTO. (*Encolerizado.*) Pero este es un desafío del infierno!
MIGUEL. (*Ap.*) Va á despertarla! (*Cambia su hacha de mano.*)
FAUSTO. Hace poco... cerca de aquí, en un camino donde la nieve está amontonada, he notado los pasos de una muger... y...
MIGUEL. Dios mio!
FAUSTO. (*Viendo á Paula dormida.*) Pero qué veo? Ahí hay alguien? Quién es?
MIGUEL. (*Muy vivo.*) Es mi hija, señor, mi hija, que está dormida.
FAUSTO. Tu hija?
MIGUEL. Teneis razon, sí... ha venido por ese camino... y sus huellas son las que habeis visto en la nieve...
FAUSTO. Las suyas?
MIGUEL. (*Ap.*) Cómo alejarle?...
FAUSTO. Quiero preguntarla por qué camino ha venido... Despiértala!
MIGUEL. Despertarla!... no!... no!... La pobre niña sufre un mal que me desespera... el sueño es muy raro en ella... á quien devora una fiebre constante... despertarla... seria despertar su dolor.
FAUSTO. (*Con el acento de la duda.*) Dices... que es tu hija?
MIGUEL. (*Poniéndose junto á ella.*) Que la avalancha me envuelva con ella!... Que Dios haga de su sueño un eterno reposo... si no he dicho la verdad... Es mi hija!... No lo veis en mi agitacion? en la inquietud de un padre que tiembla por un hijo?

FAUSTO. (*Observándole.*) En efecto, tu rostro se contrae, tus ojos se llenan de lágrimas...

MIGUEL. Es que la amo... y para conservarla... tengo tanto miedo de perderla...

FAUSTO. (*Pensativo.*) Si la noche se echa encima...

MIGUEL. Pero ahora que recuerdo, monseñor... Si creeis que otra muger ha pasado cerca de aquí, podeis convenceros....

FAUSTO. Cómo?...

MIGUEL. (*Vivamente.*) Los pasos que no ha borrado aun la nieve que cae, están muy recientes... la que ha dejado sus huellas no puede estar lejos, y desde lo alto de esta torre se vé todo el camino.

FAUSTO. No me parece mal... Quiero subir y ver. (*Se dirige hácia la puerta de la torre.*)

MIGUEL. (*Acompañándole.*) Apresuraos! la oscuridad vá muy pronto á borrar el horizonte. (*Le abre la puerta.*) Id! (*Fausto entra en la torre, y Miguel cierra la puerta. Arrojando su hacha al suelo.*) Bendito seais, Dios mio... que me habeis librado de cometer un asesinato!... (*Descubriendo el rostro de Paula, y levantando la voz.*) Abrid vuestros ojos, hija mia!...

PAULA. (*Mirando á su alrededor.*) Dejadme dormir!....

MIGUEL. No, hija mia, no... porque un hombre cuya vista os haria estremecer, y que se llama.... Fausto.

PAULA. (*Levantándose.*) Fausto!

MIGUEL. Va á venir...

PAULA. Quiero huir de él...

MIGUEL. (*Llevándola delante de la escena.*) Pero sola no... Yo no os dejaré!...

PAULA. Vos?

MIGUEL. (*Aparte con inquietud.*) Adónde la llevaré?.... no hay un asilo... no tengo donde ocultarla....

ESCENA IX.

MIGUEL.—PAULA.—EL GUIA.

EL GUIA. (*Que aparece como quien busca la huella de pasos.—Viendo á Paula.*) No os habeis perdido en la montaña, señora?

MIGUEL. (*Vivamente y poniéndose entre ellos.*) No!.. por qué?

EL GUIA. (*Aparte examinando el retrato.*) Sin embargo, estas facciones!... (*Alto.*) Me envia el doctor Ricardo.

PAULA. Ricardo!

MIGUEL. (*Inquieto.*) Quién es ese hombre, señorita?

PAULA. Mi prometido...

EL GUIA. Y para que consintais en seguirme sin temor, y sin pérdida de tiempo, me ha encargado que os entregue este retrato que vuestra madre le confió. (*Le dá el retrato.*)

PAULA. (*Tomándolo.*) Mi retrato, que nunca abandonó mi madre!

MIGUEL. Su retrato!

PAULA. (*Al guia.*) Adónde debeis llevarme?

EL GUIA. A un trineo que os espera cerca de aquí.

PAULA. Estoy salvada!

MIGUEL. (*Con alegría.*) Salvada!

PAULA. (*Al guia.*) Y Ricardo... dónde está?...

EL GUIA. Os busca á su vez en la montaña... pero tranquilizaos, tan pronto como estemos en camino le haré conocer por medio de dos tiros que os he hallado, y esa señal desvanecerá sus inquietudes.

MIGUEL. Partid, señorita, partid. (*El guia sube al fondo.*)

PAULA. Qué puedo hacer por vos, que tan generosamente me habeis servido?

MIGUEL. Por mí?.. Ah! si me atreviese...

PAULA. Qué decis?

MIGUEL. (*Vivamente.*) Nada!.. Apresuraos!.. Si Fausto llegase...

PAULA. (*Asustada.*) Fausto! Por qué camino?..

MIGUEL. (*Llevándola al fondo.*) Por aquí, señorita. (*La entrega al guia, en cuyo brazo se apoya Paula: esta tiende la mano á Miguel que la besa afectuosamente. Paula desaparece con el guia por el camino que pasa por detrás de la cabaña. Miguel la sigue con la vista, llorando.*)

ESCENA X.

MIGUEL.—*Despues* FAUSTO.

MIGUEL. (*Siguiendo á Paula con la vista.*) Adios... mitad de mi alma, que me arrebata el destino. (*Con súbito terror.*) Si Fausto la viese desde lo alto de ese faro!.. Si la reconociese!... (*Entrando en el cobertizo.*) Pongámonos á su paso... Ya le oigo!.. está ahí... tan pronto?.. no ha podido verla. (*Ruido de viento en la montaña durante toda esta escena.*)

FAUSTO. (*Que acaba de entrar.*) Estás solo?

MIGUEL. Mi hija ha ido á buscar á su madre para reunirse á ella antes de la noche... Y bien, monseñor... habeis podido ver algo?..

FAUSTO. (*Muy sombrío.*) Solo he visto nubes sombrías que se van amontonando en la montaña.

MIGUEL. Me parece, monseñor, que perseguís un fantasma... y que la mujer que buscais solo existe en vuestra imaginacion.

FAUSTO. Quisiera que así fuese... (*Se sienta pensativo en la piedra.*) Habrá conseguido Paula entrar en Suecia?.. Será posible que se me haya escapado?.. (*Queda pensativo.*)

MIGUEL. (*Aparte con esperanza.*) Gracias á Dios, continuan alejándose. (*Oyese un tiro.*)

FAUSTO. Qué es eso? (*Presta el oido.*)

MIGUEL. (*Con mucha calma, aparte.*) El guia hace la señal de prevencion al prometido de Paula.

FAUSTO. (*A Miguel.*) Qué ruido es ese?

MIGUEL. (*Con indiferencia.*) Algun cazador sin duda.

FAUSTO. (*Ap.*) Si fuese... (*Oyese otro tiro. Levantándose.*) Dios mio!..

MIGUEL. (*Ap.*) Si... sí... la señal!

FAUSTO. Los dos tiros del guia!.. Habrá hallado á Paula?.. (*A Miguel con agitacion.*) Díme...

MIGUEL. Señor?..

FAUSTO. Qué distancia hay de aquí á San Juan?

MIGUEL. Cuatro leguas.

FAUSTO. (*Aparte atravesando la escena.*) Pronto estaré á su lado.

MIGUEL. Quereis bajar á San Juan?

FAUSTO. Sí. (*Ap.*) Pero ella podria reconocerme... Ah!.. esto es... (*Alto.*) Voy á tomar esta piel para preservarme de la nieve. (*La recoje.*)

MIGUEL. Pero...

FAUSTO. (*Dándole una bolsa.*) Silencio, Monjick! ahí tienes mi bolsa, cómprate otra. (*Váse muy agitado y toma el mismo camino que el guia.*)

MIGUEL. (*Arrojando su bolsa.*) Su bolsa!.. no la quiero!.. seria para mi precursora de desgracia!

ESCENA ULTIMA.

MIGUEL.—*Despues* TOLAPP.

MIGUEL. Corre á San Juan... mientras Paula va á reunirse á la Condesa... Entra en Rusia cuando ellas se dirigen hácia Suecia... Vamos, la suerte los separa... (*Ruido lejano de la avalancha.*) Qué ruido es ese?.. Será tal vez el de la avalancha?.. (*El mismo ruido pero más fuerte.*) Y sin embargo, conozco muy bien el ruido sordo de las nieves que se desprenden á lo lejos... (*Sube á mirar en el fondo.*) Si... los torrentes se amontonan... los témpanos se derriten... (*Con inquietud.*) Y no dan la señal!.. Habrá sido sorprendida la ciudadela por la avalancha?.. Dios mio! Los que habitan allá abajo van á ser innundados!.. (*Volviendo á la cueva.*) Y el imprudente Fausto que ahora baja á San Juan!

TOLAPP. (*Que acaba de entrar precipitadamente.*) Ah! amigo mio!.. si supieras!..

MIGUEL. Qué hay?

TOLAPP. No puedes imaginarte lo que acabo de ver cerca de aquí!..

MIGUEL. Qué has visto?..
TOLAPP. A la Condesa Alejandra y á ese jóven que destina á su hija.
MIGUEL. Buscaban á la señorita Paula, no es verdad?
TOLAPP. Cómo?.. sabes?..
MIGUEL. Sí; y el príncipe ha venido á este pais á disputársela á su rival.
TOLAPP. Pero quién te ha dicho?..
MIGUEL. *(Vivamente.)* Tranquilízate, Tolapp... La señorita Paula se reunirá muy pronto á la Condesa.
TOLAPP. La has visto?
MIGUEL. Estaba aquí hace poco... cuando vino el guia.
TOLAPP. Qué guia?
MIGUEL. El que ese jóven envió para que la buscase.
TOLAPP. Ricardo no ha enviado á ningun guia.
MIGUEL. Sí... y por señas que traia como prenda de su sinceridad, un retrato de la señorita Paula, procedente de la Condesa.
TOLAPP. Un retrato de la señorita Paula?
MIGUEL. Sí!..
TOLAPP. Fausto tenia uno que he visto muchas veces en sus manos.
MIGUEL. Qué dices?
TOLAPP. Ese guia era un jóven?
MIGUEL. Sí.
TOLAPP. (*Asustado.*) Dios mio!.. Adónde debia conducir á la señorita Paula?
MIGUEL. A un trineo.
TOLAPP. Tal vez al del príncipe, que he dejado cerca de aquí por órden suya. (*Sube á mirar en el espacio; Miguel le sigue con ansiedad.*) Calla!.. allá abajo en el camino de San Juan! Lo ves que desaparece?
MIGUEL. Fatalidad!
TOLAPP. Se lleva á la pobre niña!
MIGUEL. (*Con terror.*) Paula!.. Quiero alcanzarla!
TOLAPP. *(Deteniéndole.)* Estás loco! No vas á poder!
MIGUEL. (*Volviendo á la escena con delirio.*) Es verdad... qué hacer? qué hacer?..
TOLAPP. Es preciso decirla á la Condesa que el príncipe Fausto quiere robarle su hija. Ven...
MIGUEL. La Condesa no puede hacer nada. Paula es una

niña esclava que el príncipe quiere obligar á la servidumbre!..

TOLAPP. La señorita Paula!..

MIGUEL. (*Delirando.*) Y ese infame que se la lleva!... Y la avalancha que le amenaza!..

TOLAPP. La avalancha!

MIGUEL. (*Resuelto.*) Adios, Tolapp.

TOLAPP. (*Deteniéndole.*) Qué pretendes?

MIGUEL. Tratar de llegar á los cañones de la fortaleza.

TOLAPP. Y el precipicio que de ella nos separa?..

MIGUEL. Tal vez podré franquearlo.

TOLAPP. (*Impidiéndole el paso.*) Pero tú sucumbirás sin defender á la pobre niña!

MIGUEL. (*Con calor.*) Pues bien, si no puedo defenderla... solo me resta morir é implorar á Dios por ella... Adios.

TOLAPP. (*Agarrándose á él.*) Oh! no te dejaré.

MIGUEL. Pues ven! (*Sube al fondo, al montecillo elevado, y se oye estallar la avalancha con un ruido horrible. Miguel, espantado, dá un paso atrás, despues se decide y baja al abismo, apesar del ruido que redobla... Tolapp se decide á seguirle, al mismo tiempo que cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un salon muy espléndido en el castillo de Arckángel. En el fondo tres puertas grandes, abiertas, que dan á otra habitacion tambien suntuosa; puertas laterales á derecha é izquierda; mueblaje rico; en primer término una mesa á la derecha, y encima papel, pluma y tintero.—Al alzarse él telon, la segunda habitacion está llena de siervos y siervas. Fédor, que está entre ellos, entra en escena.

ESCENA PRIMERA.

FÉDOR.—*Despues* FAUSTO.

FÉDOR. En fin, despues de todos nuestros peligros y nuestros viajes, el castillo de Arckángel ha vuelto á recobrar su animacion acostumbrada... Siervos en las antecámaras, criados en las puertas y centinelas fuera. (*Viendo que los siervos se ponen en fila y se descubren.*) Ahí está el príncipe Fausto. (*Fausto, vestido de negro y condecorado con una placa de diamantes, aparece en la segunda pieza, y despues baja á la escena pensativo.—Acercándose á él.*) Pareceis preocupado, príncipe.

FAUSTO. (*Designando al fondo.*) Que cierren esas puertas. (*Fédor hace cerrar las tres puertas grandes abiertas en el fondo, y se acerca á Fausto.*) No has oido hablar de la Condesa Alejandra?

FÉDOR. No, príncipe... y sin embargo, muy pronto hará tres dias que ha regresado á Arckángel.

FAUSTO. Es estraño! Haz venir á Paula... y que me dejen. (*Vase Fédor.*) Por quién, pues, puede haber sabido de... Paula... (*Fédor vuelve por la puer-*

ta lateral de la derecha, y hace entrar á Paula, que viene acompañada de dos siervas. Despues se va por el fondo.—A un gesto del príncipe, Paula se sienta junto á la mesa; á otro gesto, las dos siervas se van por la derecha.—Aparte, examinando á Paula.)—Ahí está, más bella aun en su dolor! (*Paula abre un libro que trae en la mano, y se pone á leer.*) Paula, ayer me habeis pedido dos dias para decidir vos misma vuestra suerte, puesto que no quereis que yo sea árbitro de ella... (*Silencio de Paula.*) No me respondeis?... Qué libro es ese que así llama vuestra atencion?

PAULA. El código de la servidumbre.

FAUSTO. Qué os importan esas leyes de la servidumbre, á vos que podeis ser princesa y soberana?

PAULA. Mañana, príncipe, sabreis mi resolucion.

FAUSTO. Mañana! Oh! no prolongueis así mi martirio... Paula... si supiéseis lo que sufro... y cuánto os amo!... (*Paula, que cierra el libro y lo pone encima de la mesa, mira á Fausto con una especie de sorpresa.*) Oh! no me mireis así, con la sonrisa de la duda y de la incredulidad... No veis que si os amenazo con la servidumbre... es porque temo perder, no la sierva inútil, sino la mujer, sin la cual me es imposible la vida?... Durante ese viaje, que la inundacion hizo tan penoso, cuando el cañon de alarma y el toque de las campanas nos anunciaban el peligro, no vísteis que vuestra zozobra y vuestras lágrimas desgarraban mi alma?...

PAULA. Príncipe, os equivocais sobre el sentimiento que os anima. Decis que me amais... y matais á mi madre!

FAUSTO. Paula!...

PAULA. Decis que me amais... y hollais sin piedad las cenizas de todas mis estinguidas alegrías. (*Levantándose.*) Tengo, pues, que elegir entre la servidumbre, que humilla, ó vuestro amor, que espanta! Eligiendo la servidumbre, no condenaré á nadie más que á mi sola.

FAUSTO. Podeis razonar así, pobre niña, ignorante de las penas de la servidumbre! Olvidais que vues-

tra madre sucumbia á su peso cuando tenia vuestra edad?...

PAULA. La muerte!... No es el fin de todas las vanidades y de todos los sufrimientos?

FAUSTO. Paula!... Cuando hablais así, no es la cólera la que me anima... (*Con dolor.*) es la desesperacion la que me abruma; porque vuelvo á deciros que podeis ser mi tormento ó mi alegría.

FÉDOR. (*Entrando por el fondo.*) Príncipe!

FAUSTO. Qué se ofrece?

FÉDOR. La señora Condesa Alejandra!

PAULA. Mi madre!... Oh! no quiero verla... Puedo soportar mi suplicio... pero no podré asistir al suyo.

FAUSTO. (*Llevándola á la derecha.*) Podeis retiraros, Paula, y no olvideis que vuestro amo aspira á ser vuestro esclavo...

PAULA. (*Con invocacion.*) Dios mio! Consolad á mi madre!

FAUSTO. (*A Fédor.*) Haz entrar á la Condesa. (*Vase Fédor.*) Cuánta resignacion en sus quejas! Qué encanto en todo su ser!... Y la Condesa á quien yo olvidaba!... Ahí está. (*Sube la escena viendo aparecer á la Condesa é inclinándose.*) Ya iba á rendir mi homenaje á la señora Condesa. (*Viendo aparecer á Bernard.*) A qué viene el señor Bernard?

ESCENA II.

LA CONDESA.—BERNARD.—FAUSTO.

BERNAR. La señora Condesa no tiene ya á su hija para que la consuele y la sostenga, y he debido ofrecerle el brazo de un hombre honrado.

FAUSTO. (*A la Condesa.*) Dignaos sentaros, señora... (*Aparte observándola.*) Qué palidez!

CONDES. (*Con gran emocion, despues de haberse sentado á la izquierda.*) Príncipe... no vengo á discutir la legalidad de vuestros derechos acerca de Paula.

FAUSTO. (*Vivamente.*) En vano lo intentaríais, señora.

Hace mucho tiempo recogí en la aldea de Falaises la fé de bautismo de Paula, nacida del matrimonio de mis siervos Miguel y Matrena.

CONDES. En una palabra, vengo á deciros que en vez de sostener con vos largos y dolorosos debates... estoy pronta á reconoceros por dueño de la pobre niña... pero con una condicion.

FAUSTO. Cuál, señora?

CONDES. Que me vendais mi hija.

FAUSTO. En Rusia, señora, no vendemos nuestros esclavos.

CONDES. Sabeis muy bien que todos los dias se cambian siervos, se hipotecan ó se venden. (*Llorando.*) Estoy pronta á firmaros la cesion de todos mis bienes como precio de mi hija!

BERNAR. (*Ap.*) Pobre mujer!

FAUSTO. Vuestra generosidad me conmueve, señora; pero ignorais que he prometido asociarme á mi sierva, siendo á la vez su esposo y su amo?

CONDES. Paula, que ama al hijo del señor Bernard, no podrá consentir...

FAUSTO. (*Ap.*) Fatalidad!..

BERNAR. (*Adelantándose con emocion.*) Príncipe!.. teneis en vuestras manos la existencia de una madre y de dos hijos... Soy un soldado que jamás he inclinado la frente ante la metralla... Pues bien! yo me inclino ante vos y os suplico por ellos.

FAUSTO. Es imposible!..

BERNAR. Yo os lo suplico, príncipe, con lágrimas en los ojos... y os pido la salvacion de toda una familia!...

PAULA. (*Que ha entrado por la izquierda durante la última frase.*) No supliqueis, señor.

BERNARD, FAUSTO Y LA CONDESA. Paula!

ESCENA III.

Los mismos.— PAULA.

PAULA. (*Yendo á Bernard.*) No os humilleis ya, capitan... (*A la Condesa.*) Ya sé ahora, madre mia, que sufrireis menos viéndome sierva que esposa

del príncipe... y doy gracias á Dios... puesto que eso me permite aceptar la servidumbre.

CONDES. Paula!

PAULA. *(Yendo á la Condesa.)* La servidumbre... que puede degradar á la nacion que la aplica, pero que no puede deshonrar á la desgraciada que se ve condenada á ella, y cuya librea voy á tomar sin debilidad y sin vergüenza!.. Valor, madre mia!.. Nos queda nuestro cariño. Y ahora, la sierva está á vuestras órdenes... Decid! á qué penoso trabajo me habeis destinado?.. A qué humillaciones quereis condenarme? Bajo qué peso quereis hacerme morir?.. *(Fausto permanece tranquilo.)*

CONDES. Tienes razon, hija mia; el amor de tu madre te seguirá como tu sombra!..

PAULA. Valor!.. es preciso separarnos.

CONDES. Sí, para volvernos á ver muy pronto.

PAULA. Adios, madre mia!

CONDES. Adios, mi querida hija!...

PAULA. *(Con voz resignada.)* Ahora, señora Condesa, le sierva va á acompañaros hasta el dintel del palacio. *(Se inclina. La Condesa sube lentamente á la puerta, se vuelve sollozando y Paula cae llorando en sus brazos.)*

BERNAR. *(Que se ha acercado á Fausto.)* Si estuviésemos en Francia, caballero, antes de una hora... os habria matado en desafío.

FAUSTO. *(Indiferencia.)* Cuando se ha cometido la torpeza de dejar un pais tan... hermoso... se apresura uno á regresar á él.

BERNAR. Regresaré, caballero, tan pronto como la Condesa esté vengada.

FAUSTO. Qué quereis decir?

BERNAR. Nada por ahora. *(Saliendo donde está la Condesa.)* Hé aquí mi brazo, señora Condesa. *(Toma el brazo de la Condesa. A Paula con conviccion.)* Adios, hija mia!.. Venid, señora. *(Comprimiendo un movimiento de furor.)* Ah! venid! *(Sale llevándose á la Condesa. Paula los sigue respetuosamente.)*

ESCENA IV.

FAUSTO, *solo*.

Vamos, toda va bien... Ahora estoy seguro de que jamás será esposa de Ricardo... que ya no saldrá de mis dominios... es la primera mitad de mi conquista... el tiempo me traerá la segunda... No es energía lo que necesito en lo sucesivo... sino paciencia.

ESCENA V.

FAUSTO.—TOLAPP.—*Despues* MIGUEL.

TOLAPP. (*Que ha entrado por el fondo. Ap.*) Abordémosle francamente. (*Alto.*) Príncipe...

FAUSTO. (*Como despertándose.*) Hé!..

TOLAPP. Escusad mi atrevimiento... pero no he podido resistir á las instancias de un hombre que pide hablaros.

FAUSTO. Qué quiere?

TOLAPP. No lo sé.

FAUSTO. Su nombre?

TOLAPP. No me lo ha dicho.

FAUSTO. Su condicion?..

TOLAPP. Siervo... segun creo.

FAUSTO. No puedo verle... que me dejen!..

TOLAPP. Príncipe!.. su insistencia es grande... y...

FAUSTO. Que Fédor le dé una limosna, y que se vaya.

TOLAPP. (*Ap.*) Eso no nos conviene.

FAUSTO. (*Siempre pensativo.*) Yo rodearé á mi sierva de tantos cuidados... que no eche de menos el cariño de la Condesa.

TOLAPP. He querido primero llevarlo ante el señor Fédor...

FAUSTO. Todavía!.. Te mando que digas á ese hombre que lo prohibo...

MIGUEL. (*Apareciendo.*) Me lo diria demasiado tarde, monseñor...

FAUSTO. (*Mirándole.*) Te has atrevido!.. sin mi permiso!..
MIGUEL. (*Muy agitado.*) En vano lo esperé... y la desgracia que nos amenaza...
FAUSTO. (*Impaciente.*) Una desgracia que te amenace no puede llegar á mi!
MIGUEL. Tal vez, príncipe, y cuando sepais...
FAUSTO. (*Interrumpiéndole.*) No quiero saber nada!.. vete! (*Vá hácia la mesa.*)
MIGUEL. (*Suplicando.*) Un solo instante de atencion... monseñor.
FAUSTO. (*Furioso.*) Pero esto es un desafío!
MIGUEL. (*Suplicando.*) Es una súplica...
FAUSTO. (*Furioso.*) Que castigaré como un ultrage... si no sales ahora mismo!
MIGUEL. (*Con resolucion.*) No saldré hasta que me hayais oido!..
FAUSTO. (*Temblando de cólera y subiendo hasta la puerta.*) Ah! te atreves á desobedecerme!.. A mi, Fédor!.. Guardias! Criados!.. (*Fédor sale seguido de siervos y criados que abren las puertas del fondo, y detrás de ellos, soldados. Miguel, que pasa junto á Tolapp, le da furtivamente la mano.*)

ESCENA VI.

Los mismos.—FÉDOR, *siervos, criados, soldados.*

FAUSTO. (*Con una cólera febril.*) Vuestro amo acaba de ser insultado por ese siervo insolente que condeno al castigo del látigo! (*Movimiento de todos los siervos.*)
MIGUEL. El látigo!.. que mutila y no mata!.. No, quiero el castigo menos vil y la muerte más cierta... y para merecerla... cuando sufro el desden de un amo injusto y cruel... (*Yendo á él con los puños cerrados.*) En él me vengaria... (*Deteniéndose.*) si no temiese ofender á la nobleza que deshonra!.. (*Movimiento de todo el mundo.*)
FAUSTO. Oh! acabas de pronunciar tu sentencia de muerte!..
MIGUEL. Tal vez... y solo pido la eleccion de mi suplicio.
FAUSTO. Concedida.

MIGUEL. He hecho la guerra en otro tiempo... he llevado el uniforme... deseo sér fusilado.

FAUSTO. No te haremos esperar. (*A un oficial que está cerca de la puerta.*) Teniente de servicio! me respondeis de ese hombre!.. Voy á firmar su sentencia. (*Vá á la mesa y se sienta á escribir.*)

MIGUEL. (*Ap.*) Si supiese lo que vá á firmar!...

FAUSTO. (*Escribiendo.*) Condenamos á muerte.... por crímen de rebelion... al llamado... (*A Miguel.*) Tu nombre?

MIGUEL. (*Yendo á él.*) Voy á recordároslo, monseñor.... A mí fué á quien en otro tiempo la Condesa Alejandra me dió un hijo á guardar... Y á quien yo llamaba mi Pablo!

FAUSTO. (*Sorprendido.*) Pablo!

MIGUEL. Ya sabeis, príncipe... el hijo de la Condesa, que murió... por accidente... abrasado...

FAUSTO. Cómo?...

MIGUEL. Yo era... el marido de Matrena, la sierva... el padre de Paula... que nació en la aldea de Falaises...

FAUSTO. (*Ap.*) El padre de Paula?...

MIGUEL. (*Confidencialmente.*) De Paula, á quien amais hasta el delirio.

FAUSTO. (*Levantándose.*) Cómo sabes?...

MIGUEL. Oh! sé eso, y otras muchas cosas que venia á confiaros.... pero os habeis negado á oirme.... habeis tomado mi insistencia por un ultrage.... y voy á morir tan pronto como hayais firmado mi sentencia. (*Se aleja de Fausto.*)

FAUSTO. (*Despues de haberse acercado á él.*) Qué tenias que decirme?

MIGUEL. (*Despues de mirar á los asistentes.*) Hay demasiada gente aquí para que yo me confie á vos.

FAUSTO. (*Ap.*) El padre de Paula!... (*A Fédor.*) Fédor, haz que toda esa gente se retire. (*Durante la salida de los siervos, habla bajo al teniente, que se inclina.—Vánse todos.*)

TOLAPP. (*Saliendo el último.*) El príncipe no ha firmado aun... (*Ciérranse las puertas del fondo.*)

FAUSTO. (*Ap.*) Su padre! (*Fédor, que ha permanecido en escena, se acerca á ellos para escuchar, Miguel le hace señas de que debe retirarse. Fédor hace*

un gesto de desprecio, y consulta con la vista á Fausto, que lo despide bruscamente con un gesto; Fédor váse por el fondo.)

ESCENA VII.

FAUSTO.—MIGUEL.

FAUSTO. Estamos solos... habla... ya te escucho.
MIGUEL. *(Con humildad.)* Adivinais ahora, príncipe, que el padre de Paula venia á implorar por su hija?
FAUSTO. Qué quieres?
MIGUEL. Suplicaros que no la obligueis á la servidumbre... Príncipe!... *(Arrojándose á sus rodillas.)* Miradme á vuestros piés...
FAUSTO. *(Ap.)* Otra vez!
MIGUEL. *(Siempre de rodillas y llorando.)* En nombre de la humanidad, monseñor, por vuestra salvacion en este mundo y en el otro... gracia y piedad para ella!...
FAUSTO. *(Impaciente.)* Basta!...
MIGUEL. La servidumbre seria su muerte! *(Suplicando.)* Y vos le daríais la vida al darla la libertad.
FAUSTO. La libertad?... jamás!
MIGUEL. *(Insistiendo.)* Príncipe!...
FAUSTO. *(Con violencia.)* Jamás! te digo!...
MIGUEL. *(Levantándose y con resolucion.)* Os engañais, monseñor! porque Paula será libre antes que concluya el dia, y vos firmareis su emancipacion.
FAUSTO. Yo?
MIGUEL. Habeis olvidado la víspera de San Juan, la avalancha y el cañon de la fortaleza?
FAUSTO. No.
MIGUEL. Debeis recordar tambien que cuando hace cinco años una inundacion del Neva hizo tantos estragos en San Petersburgo, el emperador ofreció á los siervos que se dedicaran á la salvacion pública una libertad que se trasmitiria á sus hijos?
FAUSTO. Lo recuerdo. Pero qué hay de comun entre esa historia y tu hija?

MIGUEL. (*Presentándole un papel que acaba de desplegar.*) La lectura de este decreto de S. M. el emperador os lo dirá.

FAUSTO. (*Tomándolo y leyéndolo.*) »Nos, Nicolás I, á todos los presentes etc. (*Hablando.*) Qué es esto?

MIGUEL. La copia de un ukase del emperador.

FAUSTO. (*Leyendo.*) »Teniendo en consideracion que el »siervo que llegó con peligro de su vida al fuer»te de la Salva-Guardia, y dió la señal á la po»blacion de nuestra ciudad de San Juan, ha »merecido la misma recompensa que los que »sofocaron la inundacion en nuestra capital: »Mandamos: Que el siervo Miguel...» (*Hablando.*) Eras tú?

MIGUEL. Yo era.

FAUSTO. (*Continuando la lectura.*) »Goce desde este dia »de la libertad que nuestra imperial voluntad »declara transmisible á... sus hijos.» (*Con terror.*) sus hijos!

MIGUEL. »Que en el dia de la muerte de su padre serán »á su vez emancipados de la servidumbre...»

FAUSTO. (*Temblando.*) Cómo! tu hija?...

MIGUEL. Heredará, cuando me hayais hecho fusilar, la libertad de que me ha dotado el emperador.

FAUSTO. Dios mio!... (*Queda aterrado. Miguel le recoge el papel, que guarda en su cintura.*)

MIGUEL. (*Presentando á Fausto la pluma, que ha tomado de la mesa.*) Apresuraos á firmar mi sentencia. (*Fausto adelanta la mano para tomar la pluma, y se detiene pensativo.*) Vacilais? (*Silencio de Fausto.—Arrojando la pluma sobre la mesa.*) No habiais previsto, que no podiais herir al padre sin dejar libre á la hija?.. y que yo podria amenazaros á mi vez, yo! á quien el cielo envia justamente á tiempo para impedir que mi hija sufra la voluntad de un infame?...

FAUSTO. (*Encolerizándose.*) Oh!

MIGUEL. Vengaos!... Matad al padre y casad á los hijos que se adoran... Voy á llamar á los soldados... (*Sube hácia la puerta.*)

FAUSTO. (*Asustado.*) Espera!... espera!... (*Temblando de cólera.*) No temes, que en la cólera que me

devora, ahogue el amor que me ha detenido hasta aquí!

MIGUEL. No temo nada.

FAUSTO. Pues bien... (*Toma la pluma, y vá á firmar, y se interrumpe con un gesto de cólera concentrado.*)

MIGUEL. (*Que le ha seguido con la vista.*) Cuando un corazon hastiado se enamora de la virtud de un ángel... el infierno se empeña en martirizarlo... y ese amor os consumirá lentamente cuando Paula sea esposa de un rival.

FAUSTO. No lo es aun!... heredera de tu emancipacion, no puede ser libre hasta que mueras... y yo tengo el derecho de perdonar. (*Arroja la pluma sobre la mesa.*)

MIGUEL. No tengo yo tambien el derecho de disponer de mi vida? Mirad, monseñor, os aconsejo que hagais perecer cuanto antes al siervo pobre y anciano, que ahora puede desafiaros y arrostrar vuestra cólera.

FAUSTO. (*Con altanería.*) Tú!...

MIGUEL. (*Con nobleza.*) Sí en verdad!... puesto que el látigo de vuestros criados no puede hacer correr mi sangre!...

FAUSTO. (*Ap.*) Maldicion! (*Atraviesa con agitacion la escena.*)

MIGUEL. (*Muy tranquilo sube á la puerta del fondo.— Deteniéndose.*) Habeis querido que la muerte del padre fuera el único refugio de su hija condenada... Pues bien, sea! Para mi hija... la vida... la libertad.... el amor.... y el porvenir.... Miguel su padre, vá sin vacilar á prepararse á la muerte... (*Abre la puerta.*) No olvideis que espera! (*Váse.*)

ESCENA VIII.

FAUSTO.—*Despues* FÉDOR.

FAUSTO. Pues bien, Miguel, no te temo!...

FÉDOR. (*Entrando.*) Señor, vengo á anunciaros...

FAUSTO. Qué?...

FÉDOR. La visita del doctor Ricardo.
FAUSTO. El amante correspondido!
FÉDOR. No sé si consentireis...
FAUSTO. Qué quiere?... que venga!
FÉDOR. Lo mandais?...
FAUSTO. Que venga, digo!
FÉDOR. Voy, señor.

ESCENA IX.

FAUSTO.—*Despues* RICARDO.

FAUSTO. En hora menguada viene. (*Va á sentarse junto á la mesa.)*

RICARDO. (*Entra por el fondo, conducido por Fédor, que vuelve á salir cerrando tras sí la puerta.*) Príncipe... vengo á solicitar un momento vuestra atencion.

FAUSTO. *(Con insolencia.*) Hablad, caballero...

RICARDO. Vais á saber el objeto de mi visita. La señorita Paula es ahora sierva vuestra... y la señora Condesa se ha resignado como ella á esta humillacion... la pobre madre sucumbe sin saberlo bajo el peso de ese último esfuerzo... Si yo no fuera facultativo, la animaria á que siguiera con perseverancía en esta resolucion, cuyas consecuencias fatales no veria; pero la ciencia me ha abierto los ojos, y veo aparecer, á través de la fiebre que la devora, todos los síntomas de una enfermedad mortal...

FAUSTO. (*Ap.*) Ignora la presencia de Miguel.—Y esperais... que provocándome á un desafío...

RICARDO. (*Noblemente.*) Intentaria mataros, caballero, si no viese el camino que me indica mi deber y mi conciencia. He venido á deciros: Príncipe, dejad que la señorita Paula vuelva al lado de su madre como antes, con la condicion de que yo partiré para siempre.

FAUSTO. Partireis?

RICARDO. (*Devorando sus lágrimas.)* Mi ausencia... borrará poco á poco... de su corazon... el recuerdo de nuestros sueños... y acaso entonces consentirá... (*Se interrumpe con dolor.*)

FAUSTO. Suscribo á las condiciones que solicitais, caballero. Cuándo quereis partir?
RICARDO. Esta noche...
FAUSTO. (*Ap.*) Esta noche.

ESCENA X.

Los mismos.—FÉDOR, *entrando por la puerta lateral de la izquierda.*

FÉDOR. (*Asustado.*) Principe!...
FAUSTO. De que procede tu emocion? (*Va á él.*)
FÉDOR. Ese hombre... ese siervo que ha vuelto del destierro...
FAUSTO. Qué?...
FÉDOR. Está allí moribundo!
FAUSTO. (*Con espanto.*) Dios mio!...
FÉDOR. Un brevaje que habia ocultado...
FAUSTO. Que se le socorra!... que se le haga vivir... que se llame á un médico!...
RICARDO. (*Adelantándose.*) Un médico, decís?
FAUSTO. (*Con animacion.*) Ah! doctor Ricardo... es un pobre hombre que ha intentado darse la muerte...
RICARDO. A dónde está? á dónde está?
FÉDOR. (*Designando la izquierda.*) Allí, doctor... seguidme!... (*Váse con Ricardo por la izquierda.*

ESCENA XI.

FAUSTO, *solo.*

Cuando Ricardo iba á partir!... Cuando Paula perdia el apoyo que constituye su fuerza... (*Yendo hácia la puerta.*) Pero tal vez no será más que un desmayo... No... debo esperar... Fédor vendrá pronto sin duda á instruirme... (*Viendo aparecer á Ricardo.*) Y bien! doctor...

ESCENA XII.

FAUSTO.—RICARDO.

RICARDO. Esa languidez es causada por el ópio; quisiera escribir una receta...

FAUSTO. (*Indicándole la mesa.*) Ahí teneis lo necesario, doctor...

RICARDO. (*Sentándose y escribiendo.*) Y hacedla llevar á dos pasos de aquí, á casa del químico, á quien he recurrido con frecuencia durante la enfermedad de la señorita Paula.

FAUSTO. Dadme... la tendreis al instante.

RICARDO. (*Dándole la receta.*) Que se apresuren. Entretanto, nada puedo hacer...

FAUSTO. Le salvareis, doctor?

RICARDO. (*Que lo ha seguido.*) Si el contraveneno llega á tiempo, respondo de él.

FAUSTO. Está bien! (*Váse por el fondo y dá órdenes á los criados que se acercan. La puerta se vuelve á cerrar.*)

ESCENA XIII.

RICARDO *solo.*—*Despues* BERNARD.

RICARDO. (*Pensativo.*) Sí... yo conseguiré vencer ese sueño terrible!... (*Reflexionando.*) Pero qué interés puede tener el príncipe en socorrer á un siervo... él... tan indiferente...

BERNAR. (*Entrando muy agitado por la puerta del fondo, á la derecha.*) Ricardo!

RICARDO. (*Sorprendido.*) Vos, padre mio!

BERNAR. (*Muy agitado.*) Te buscaba... acabo de oir hablar de envenenamiento... de suicidio...

RICARDO. Sí, un siervo del príncipe que ha querido matarse.

BERNAR. (*Con terror.*) Ha muerto?

RICARDO. (*Pensativo.*) Solo podria salvarle un contraveneno, y espero...

BERNAR. *(Interrumpiéndole.)* Loado sea Dios! No sabes lo que acabo de oir decir á Fédor?

RICARDO. Qué?

BERNAR. Que ese siervo ha vuelto de la Siberia, y se llama Miguel!

RICARDO. Mi padre!

BERNAR. *(Vivamente.)* No me atrevo á esperarlo aun... pero aunque no le he visto más que una hora en mi vida... sabré muy bien reconocerle... Dónde podré verle?... á dónde está?

RICARDO. Y el contraveneno que no llega!.. *(Sube al fondo.)* Oh! yo mismo quiero ir... *(Encontrando á Fausto que aparece.)* Ah! Traeis el contraveneno, príncipe?

FAUSTO. Aquí está.

RICARDO. *(Tomándolo.)* Gracias... gracias...

FAUSTO. Teneis alguna otra cosa que recomendarme?

RICARDO. No, príncipe. *(A Bernard.)* Venid... venid... *(Vanse ambos precipitadamente por la izquierda.)*

ESCENA XIV.

FAUSTO.—*Despues* PAULA.

FAUSTO. *(Solo.)* El señor Bernard con su hijo?... Qué prisa por parte del doctor... Debo concebir esperanza?... Esperanza! Apenas me atrevo á pronunciar esta palabra!... *(Aquí, Paula vacilante, aparece por la derecha; viéndola.)* Paula! *(Va á ella.)* Qué buscais?

PAULA. *(Con esfuerzo.)* A vos!

FAUSTO. A mi?... *(Ap.)* Qué querrá?

PAULA. *(Con voz casi inteligible.)* Príncipe, mi padre no ha muerto en la Siberia!

FAUSTO. Vuestro padre!

PAULA. *(Id.)* Oculto en alguna parte en la ciudad, era secretamente testigo de mi infortunio.

FAUSTO. *(Ap.)* No sabe que está aquí!

PAULA. *(Con emocion.)* Acaba de enviarme una carta, en la que me dice que ha sabido conquistar una libertad que debe heredar su hija... despues me

recomienda que ruegue por él... que quiere darse la muerte, para legarme su herencia...

FAUSTO. *(Fingiendo sorpresa.)* A vos?... *(Aparte designando la izquierda.)* Qué pasa en ese cuarto?

PAULA. *(Con energía.)* No creeis que semejante sacrificio de un padre por su hija, exige otro por parte de esta?

FAUSTO. *(Ap.)* Qué quiere decir?

PAULA. *(Con voz más firme.)* No puedo reunirme á mi padre, que se oculta para cumplir un funesto y generoso proyecto... Ademas, cómo podria yo consentirlo, Dios mio? Quién me responderia de su vida mientras me viese sufrir en la servidumbre? Para que viva, es preciso que yo sea libre... es preciso... que yo sea... vuestra esposa....

FAUSTO. *(Ap.)* Si sucumbiese en este momento!...—*(Alto.)* Así pues, quereis que vuestro padre sepa sin tardanza...

PAULA. Que el matrimonio me ha hecho libre.

FAUSTO. *(A Paula.)* Estais decidida?

PAULA. Si, puesto que vacilando, condenaria á mi padre.

FAUSTO. *(Ap.)* Necesito alejarla de aquí. *(Alto.)* Y ese juramento de ser mi muger, os atreveriais á venir á hacerlo delante de la Condesa?

PAULA. Llevadme adonde está!

FAUSTO. Vuestra mano! Paula! vuestra mano!... *(Paula dá su mano despues de un violento esfuerzo.)* Venid! Venid! *(Vánse por el fondo. Bernard entra en escena con precaucion, y va á cerrar la puerta del fondo.)*

ESCENA XV.

BERNARD.—RICARDO.

BERNAR. Nadie... ven, Ricardo, ven... *(Vá á tomar de la mano á Ricardo que llega en gran desórden.)*

RICARDO. Mi padre!... salvado!... salvado!...

BERNAR. Vamos, pobre niño, recobra tu sangre fria, tu valor.

RICARDO. (*Con voz de triunfo.*) Ya sabia yo que ese remedio era infalible. Bien habeis visto á esa naturaleza fuerte y poderosa salir de su sueño como de un pasagero letargo... y volver á hallar poco á poco su estinguido vigor.

BERNAR. Sí... ya he visto revivir á mi hermano y salvador... ahora... pensemos en lo que nos queda que hacer.

RICARDO. No me deciais que Fausto habia jurado vengarse de mi padre, que le ha lastimado en su orgullo?

BERNAR. Tolapp me lo repetia aun hace poco.

RICARDO. (*Con un movimiento de cólera.*) Si Fausto quisiera infligirle el castigo del látigo!

BERNAR. (*Enseñando una pistola.*) Mira... Al venir aquí he querido armarme... pero dejemos eso, y tratemos de engañar á Fausto, que puede venir de un momento á otro. (*Aparece Miguel á la izquierda con Tolapp, que lo lleva de la mano y lo acompaña con inquietud.*) Podré dejarlo en duda sobre el restablecimiento de tu padre... y de ese modo ganar tiempo.

ESCENA XVI.

Los mismos.—MIGUEL.—TOLAPP.

(*Miguel aparece con la cabeza desnuda y muy pálido.*)

TOLAPP. (*A Miguel, señalando á Bernard y Ricardo.*) Ahí están!

BERNAR. (*Volviéndose y yendo á Miguel.*) Miguel!

RICARDO. (*Lo mismo.*) Mi querido p... amigo!

MIGUEL. (*Mirando á uno despues de otro y estrechándoles las manos.*) No os oia hablar á mi lado... El silencio me daba miedo... Pero quién sois?...

BERNAR. Te acuerdas de Jorge Bernard?

MIGUEL. Jorge?... El hijo de la señora Juana?...

BERNAR. Sí... yo soy.

MIGUEL. (*Examinándolo.*) Tú?... (*Señalando á Ricardo.*) Y él...

BERNAR. Es Ricardo... mi hijo...

MIGUEL. (*Pensativo.*) Ricardo?.... El prometido?.... Pero dónde estamos?...

BERNAR. En el palacio de Fausto.

MIGUEL. Fausto! (*Con terror.*) Ya me acuerdo.... sí.... (*Buscando y tentando sus vestidos.*) Pero y el veneno?... me lo han robado?...

BERNAR. Te hubiese matado... sin el socorro de mi hijo.

MIGUEL. Cómo... tu hijo... me ha socorrido?...

RICARDO. (*Acercándose.*) Dios lo ha permitido así...

MIGUEL. Cómo?.. Vos me habeis impedido que muera?... vos... desgraciado!... no sabiais que la muerte de Miguel era la vida de Paula?...

RICARDO. De Paula?

MIGUEL. (*Animándose.*) Y que salvándome la condenábais?

RICARDO. Condenarla!

MIGUEL. (*Con desesperaeion.*) Dios mio! Estos hombres han destruido mi obra! Cómo morir ahora?...

BERNAR. (*Yendo á él.*) Existe una persona para la que debes vivir...

MIGUEL. (*Con delirio.*) Vivir! Os digo que es preciso que yo muera!...

RICARDO. Morir!

MIGUEL. (*Rechazándolos.*) Malditos seais!... vosotros que habeis vencido mi sueño... que matais á la hija inocente!... pero yo la salvaré... yo sabré hallar una muerte más cierta que el veneno! (*Quiere subir al fondo.*)

BERNAR. (*Impidiéndole el paso.*) Desgraciado!

MIGUEL. (*Delirando.*) Atrás!

BERNAR. Escúchame primero y sabrás por quién debes vivir.

MIGUEL. (*Fuera de sí*) Lo que sé es por quien debo morir!... dejadme pasar.

BERNAR. (*Enseñándole una pistola.*) Toma! aquí tienes una pistola cargada.

MIGUEL. (*Vivamente.*) Dámela y te bendeciré.

BERNAR. Juro que si despues de haberme oido quieres aun morir... te daré esta arma...

MIGUEL. Habla pronto... y te recordaré tu juramento! (*Vuelve á la escena.*)

BERNAR. Recuerdas que hace veinte años, cuando ibas á preparar la fuga del sargento Bernard, me dejaste solo en la cabaña de la selva?

MIGUEL. Sí... sí... lo he conservado bien en la memoria.
BERNAR. Durante tu ausencia, entraron allí algunos hombres, y mientras yo estaba oculto les ví designar el asilo de tu hijo, á quien habian resuelto hacer morir.
MIGUEL. (*Con dolor.*) Los infames lo asesinaron!..
BERNAR. No, porque yo me adelanté á ellos en la cabaña de la anciana.
MIGUEL. Tú?
BERNAR. Y me llevé á tu hijo antes que llegasen ellos.
MIGUEL. Mi hijo?
BERNAR. Que mi padre y mi madre educaron en San Bruno.
MIGUEL. Cómo!... qué... qué dices?... existe aun?
BERNAR. (*Señalando á Ricardo.*) Acaba de volverte á la vida.
MIGUEL. El!... Dios mio!... (*Vacila.*)
BERNAR. (*Sosteniéndolo.*) Valor, amigo mio!
RICARDO. (*Lo mismo.*) Padre mio!... padre mio!... soy yo.... vuestro hijo Ricardo...
MIGUEL. (*Tranquilizándolos.*) Oh! no tembleis!... un rayo me ha herido súbitamente... pero ha sido un rayo de alegría. (*Lo hacen sentar. Contemplando á Ricardo que está arrodillado á su lado.*)
BERNAR. (*Presentándole la pistola.*) Quieres morir todavía?
MIGUEL. (*Rechazándole.*) No... no!... Dios me manda que devuelva al hijo despojado su riqueza y sus derechos...
BERNAR. No te comprendo.
MIGUEL. Bernard! el hijo que salvaste en otro tiempo me fué confiado por la condesa Alejandra.
BERNAR. Cómo?
RICARDO. Yo?
MIGUEL. (*Levantándose y haciendo levantar á Ricardo á quien tiene de la mano.*) Y tú te llevaste en tu fuga al hijo del príncipe Constantino Semoloff.
BERNAR. Es imposible!
RICARDO. Yo, príncipe?
MIFUEL. Vos, el hijo del príncipe y de la Condesa Alejandra.
RICARDO. Mi madre! á quien podré consolar y defender!..
MIGUEL. Pero antes de proclamar vuestros derechos, es

preciso, príncipe mio, que os armeis contra Fausto, que querrá disputároslos.

BERNAR. Sí.

RICARDO. Si fuésemos corriendo á la ciudadela á confiarnos al mayor Blum?

MIGUEL. El mayor nos prestará su apoyo para confundir al impostor.

RICARDO. Venid!

MIGUEL. (*Deteniéndole.*) Quereis saber ahora, monseñor, por qué queria yo morir?

RICARDO. Por qué?

MIGUEL. Para emancipar á mi hija.

RICARDO. A vuestra hija?

MIGUEL. Paula!.. que es vuestra sierva y no de Fausto!

BERNAR. } Paula!
RICARDO. }

MIGUEL. (*Tomando á Ricardo de la mano.*) A la ciudadela... príncipe! apresurémonos!.. A la ciudadela!.. (*Quiere llevárselo en triunfo.*)

BERNAR. } A la ciudadela!
TOLAPP. }

(*Vánse los cuatro con gran animacion. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Una sala del departamento de la Condesa Alejandra en Arckángel. Puerta grande en el fondo que dá á un vestíbulo. Dos puertas laterales, chimenea á la derecha y del mismo lado una mesa elegante y rica, sobre la que habrá un ramo y una corona de desposada; sitiales á derecha é izquierda. Al levantarse el telon, Scmitch entra en escena por el fondo, precediendo á Fausto y Fedor.

ESCENA PRIMERA.

FAUSTO.—FÉDOR.—SCHMITCH.

SCHMITC. Si Su Excelencia quiere tomarse la molestia de entrar aquí, voy á anunciar su visita á la señora Condesa. (*Entra en el departamento por la puerta que se abre en el ángulo de la derecha.*)

FAUSTO. (*Viendo las flores en la mesa.*) Hé aquí la corona y el ramo de la desposada. (*A Fédor yendo á sentarse á la izquierda.*) Ya ves, Fédor, que no debe desesperarse de nada!.. Si yo hubiese participado de tu debilidad...

FÉDOR. La confianza y el valor son virtudes que admiro...

FAUSTO. Pero que no practicas.

FÉDOR. He hecho esta noche toda clase de reflexiones á cual más detestables... Me habíais encargado que hiciese saber yo mismo á Miguel la importante resolucion de su hija...

FAUSTO. Y has cumplido el encargo?

FÉDOR. Sí... pero he hallado á Miguel en la ciudadela, en conciliábulo secreto con el mayor Blum y los Bernard.

FAUSTO. Precisamente acabo de enviar al mayor todas las pruebas irrecusables de mis derechos sobre Paula, pidiéndole el apoyo de su autoridad, si se me pusiese aun algun obstáculo imprevisto.

FÉDOR. No estaré completamente tranquilo hasta despues de vuestro casamiento, y la partida de los franceses!

SCHMITC. (*Entrando por la derecha.*) Príncipe... la señora Condesa os espera.

FAUSTO. (*Levantándose.*) Está bien. (*A Fédor.*) Vé, pues, á la capilla de palacio... y vigila tú mismo los preparativos de la boda. (*Entra por la derecha. Schmitch váse por el fondo.*)

ESCENA II.

FÉDOR.—*Despues* MIGUEL.—BERNARD.—TOLAPP.

FÉDOR. Sí... voy á apresurarlos... todavía un dia más de inquietud... pero solo uno... y mañana podré al fin vivir sin soñar en príncipes aventureros. (*Al ir á salir, vé llegar á Miguel y Bernard, seguidos de Tolapp.*)

BERNAR. Dios os guarde, maese Fédor...

FÉDOR. El señor Bernard... aquí!

MIGUEL. Buenos dias.

FÉDOR. Y Miguel!..(*Viendo á Tolapp.*) Qué quiere Tolapp?

TOLAPP. Voy á cumplir mi deber, y vengo á ponerme á vuestro servicio.

FÉDOR. (*Designándole su baston y su sombrero, que ha colocado en una silla en el fondo.*) Toma!.. Lleva mi baston y mi sombrero y sígueme á la capilla.

BERNAR. (*A Fédor.*) Una palabra... si no lo llevais á mal.

FÉDOR. Qué se ofrece?

BERNAR. (*Yendo á tomar el ramo que está encima de la mesa.*) No es este el ramo de la desposada?

FÉDOR. (*Con importancia.*) Es el de la futura princesa... qué os parece?

BERNAR. Magnífico... para arrojarlo al fuego. (*Lo arroja en la chimenea.*)

FÉDOR. (*Asustado.*) Qué haceis?..

MIGUEL. Y la corona que olvidábais, capitan? (*La arroja á la chimenea.*)

FÉDOR. (*Yendo á Miguel.*) Desgraciado!.. (*Bernard pasa al otro lado de Fédor.*)

MIGUEL. Ignorais que ese casamiento no se efectuará?

FÉDOR. Por qué?

MIGUEL. Porque hemos descubierto que la señorita Paula es hija de la Condesa... y no mia...

FÉDOR. Habeis descubierto eso?

MIGUEL. Sí... hemos descubierto...

FÉDOR. Y os atreveis?...

BERNAR. Sí... nos atrevemos.

FÉDOR. (*Encolerizándose.*) Sabeis que me dan ganas de hacer como el príncipe... y arrojaros de aquí... (*Conteniéndose.*) Pero prefiero daros un consejo.

BERNAR. Una prueba es lo que necesitamos.

FÉDOR. Una prueba?.. no sabeis, insensatos, que el príncipe interceptó en otro tiempo una carta dirigida de la aldea de Falaises á la Condesa, por el médico que la asistió?..

BERNAR. Una carta?..

FÉDOR. En la que le hablaba del hijo que habia dado á luz... y de la sustitucion de los niños hecha por Matrena, la mujer de Miguel... Estais ahora instruidos?..

BERNAR. Pero esa carta imaginaria... no podrá enseñarla el príncipe.

FÉDOR. No lo sé!.. pero le serviré de testigo... porque me la enseñó... y yo la lei tambien... yo mismo.

BERNAR. Vos?.. (*Movimiento de Miguel. Tolapp baja á la izquierda y considera á Fédor.*)

FÉDOR. (*Con importancia.*) Yo mismo... Os basta esa prueba?..

BERNAR. (*Adelantándose lentamente hácia él.*) Pero entonces... sois aquel á quien el príncipe disfrazado de mendigo, confió aquella carta en la selva, mientras yo, el francés perseguido, estaba oculto detras de las malezas!..

FÉDOR. (*Sorprendido.*) Cómo!.. que...

MIGUEL. (*Estrechándole por el otro lado.*) Sois, pues, el infame bribon...

BERNAR. Que entonces se encargó de incendiar la cabaña para esterminar al hijo de Miguel!

FÉDOR. Yo!.. no... qué hijo?..

BERNAR. El príncipe solo enseñó esa carta á un hombre... Y puesto que vos la habeis leido...

MIGUEL. Sois el incendiario y el asesino que buscamos.

FÉDOR. (*Estrechado por los dos.*) Perdonad... yo no he dicho... creeis... porque... pero... no me dais tiempo para esplicarme...

BERNAR. Nos lo esplicareis ahora mismo en la ciudadela, delante del mayor Blum... Venid!

FÉDOR. No... ocupaciones muy urgentes... me impiden en este momento... (*Da un paso para salir.*)

MIGUEL. (*Cogiéndole de un brazo.*) Despues las evacuareis. Tenemos un carruage á vuestra disposicion.

FÉDOR. Gracias!.. no.

BERNAR. (*Cogiéndole tambien.*) Pronto os dejaremos libre.

FÉDOR. (*Queriendo deshacerse.*) Ah! si creeis que tengo yo mi tiempo...

BERNAR. (*Apuntándole con una pistola.*) Despachemos... ú os mato.

MIGUEL. (*Id.*) Si vacilais un momento, podeis encomendaros á Dios.

TOLAPP. (*Levantando el baston sobre él.*) Y yo... os propino una racion de azebuche. (*Fédor espantado se deja caer como si fuera á desmayarse: Bernard y Miguel, que lo tienen cada uno de un brazo, lo ponen en pié.*)

FÉDOR. (*Procurando volver en sí.*) Cuando... se procede... tan...

MIGUEL Y BERNARD. Marchemos. (*Se lo llevan arrastrando, y Tolapp sale el último haciendo un molinete con su baston. La puerta por donde Fausto entró á ver á la Condesa se abre, y aparece en ella con la Condesa y Paula.*)

ESCENA III.

FAUSTO.—LA CONDESA.—PAULA.

FAUSTO. (*A la Condesa.*) Preciso es que yo me retire, señora Condesa, deplorando que un dia que colma todos mis deseos, sea para vos una ocasion de pena y de tristeza.

CONDES. Solo podeis esperar de mi, resignacion... monseñor.

FAUSTO. Perdonad, señora, respeto vuestro silencio. (*A Paula.*) Pero vos, Paula, no dirijireis una mirada, una sola, al brillante porvenir que nuestra union os promete?

PAULA. Yo, príncipe, cumpliré sin verter una lágrima, el sacrificio que debo á mi padre, que queria dar su vida por mi libertad.

FAUSTO. Si... ese proyecto heróico y funesto, intentó realizarlo en mi palacio... Hasta luego... Vuestro esposo vá á esperaros contando los instantes. (*Saluda y sube hasta la puerta.*)

SCHMITC. (*Apareciendo en el fondo.*) Señora Condesa, Miguel el emancipado desea ofreceros sus respetos.

PAULA. Mi padre!

CONDES. Miguel?

FAUSTO. (*Vivamente al criado.*) Que espere. (*El criado sube al vestíbulo. A la Condesa.*) No podeis recibir á ese hombre, señora.

CONDES. Por qué?

PAULA. No poder ver á mi padre... á la hora de mi casamiento...

FAUSTO. Es preciso, Paula... lo exijo...

PAULA. Lo exigis?

FAUSTO. Porque temo sus consejos... Su presencia... en este momento... me hace temer alguna nueva conjuracion...

CONDES. Podeis suponer eso, príncipe?

FAUSTO. Yo lo supongo todo, señora... y no consentiré en dejar que ese hombre se acerque á vos sino con una condicion.

CONDES. Cuál?

FAUSTO. Que podré oir secretamente vuestra conversacion con él.

CONDES. Secretamente?

FAUSTO. Sí, señora.

CONDES. No os comprendo.

FAUSTO. *(Designando la puerta del ángulo cortado á la izquierda.)* Puedo entrar allí... y detrás de esa puerta...

CONDES. (*Interrumpiéndole.*) Pero... príncipe... semejante exigencia...

FAUSTO. Señora, he sufrido demasiadas negativas y ultrajes para no temerlo todo... y puesto que Miguel me proporciona una ocasion, quiero aprovecharla para conocer sus esperanzas y sus proyectos... (*A Schmitch.*) Haced que venga Miguel. (*A Paula.*) Escuchad, Paula, sois princesa... y podeis, impidiendo cualquier obstáculo, asegurar para siempre vuestro reposo y el de la señora Condesa... (*Va á la puerta.*) No olvideis que podré oirlo todo... así, pues, prudencia y discrecion!

CONDES. Príncipe...

FAUSTO. Lo quiero así, señora. (*Desaparece detrás de la puerta.)*

ESCENA IV.

LA CONDESA.—PLAUA.—MIGUEL.

CONDES. (*A Paula.*) Valor y prudencia, hija mia.

PAULA. No me faltarán. (*Viendo aparecer á Miguel, que se detiene con emocion.*) Padre mio! (*Va á él.*)

MIGUEL. Paula!... (*Al ir á abrazarla, ve á la Condesa.*) Señora Condesa... (*Se adelanta y se arrodilla delante de ella.*)

CONDES. Levanta... pobre Miguel... tu valor acaba de echar un velo sobre las desgracias pasadas.

MIGUEL. (*Levantándose.*) Si yo no estuviese cierto de que las desgracias pasadas podian repararse, no hubiera jamás entrado en casa de la Condesa Alejandra.

CONDES. Qué quieres decir?

MIGUEL. (*Con alma.*) Quiero decir, señora, que nos sucede una dicha tan grande... que vacilareis en creerla... quiero decir, en fin, que vuestro hijo no murió en el incendio que prepararon manos criminales.

CONDES. Mi hijo!

MIGUEL. Ya sabeis que cuando el fuego prendió en la cabaña... yo me consagré á la defensa de un prisionero francés?...

CONDES. Sí.

MIGUEL. Pues bien... ese francés... á quien he hallado esta noche en el palacio de Fausto... era Bernard, hoy capitan.

PAULA. Bernard?

MIGUEL. Y mientras yo preparaba su fuga, él, que habia oido amenazar á mi hijo, lo sacó de la cabaña que estaba ardiendo en la falda de la costa.

LA CONDESA y PAULA. Ricardo!...

MIGUEL. Es vuestro hijo, señora... es el príncipe de Arckángel!... Tenemos pruebas.

CONDES. Justo cielo!

PAULA. Cómo! Ricardo!...

MIGUEL. (*Yendo á ella.*) Sí, hija mia!

SCHMITC. (*Apareciendo y anunciando.*) El capitan Bernard y el doctor Ricardo.

CONDES. Mi hijo!

ESCENA V.

Los mismos.—BERNARD.—RICARDO.

RICARDO. (*Que acaba de entrar.*) Madre mia!

CONDES. Ricardo! Hijo mio!

RICARDO. (*Tomándole la mano y temblando de emocion.*) Encargué á Miguel que os lo revelase todo, madre mia... La emocion me hubiera impedido convenceros... Pero he querido abrazaros... y estrecharos contra mi corazon... (*Designando á Paula.*) Tambien he querido consolar á mi adorada esposa... antes de ir á pedir cuenta á Fausto de vuestras lágrimas.

CONDES. Fausto?... no, no le verás! (*Mirando á la*

puerta.) No, quiero que te vea... Partid... partid... Yo, débil mujer, puedo arrostrar su cólera... Oh! idos! idos!

PAULA. (*A Miguel.*) Oh! yo os lo suplico! No abandoneis á mi madre!

CONDES. Paula!

MIGUEL. Luego Fausto está aquí? (*Momento de silencio.*

PAULA. (*Con resolucion.*) Sí, oculto trás esa puerta..) Lo ha oido todo.

TODOS. Fausto!...

RICARDO. (*A la Condesa.*) Y queríais, madre mia!.... (*Al ir Miguel y Bernard hácia la puerta, se abre violentamente por Fausto, que aparece en escena. Todos se detienen. Fausto baja lentamente, y despues de haber mirado á la Condesa, lanza una mirada de cólera á Paula.—Miguel, que lo examinaba, viene en seguida á colocarse entre él y ellas.*)

ESCENA VI.

PAULA.—MIGUEL.—FAUSTO.—BERNARD.—LA CONDESA.—RICARDO.

FAUSTO. Y creeis que yo no desgarraré las páginas de esa novela aventurera que habeis forjado todos juntos? (*A Ricardo.*) Ricardo, cuando uno se llama príncipe, debe saber el manejo de la espada.

RICARDO. (*Impetuosamente.*) Y yo os probaré...

CONDES. (*Espantada y deteniéndole.*) Un desafío!

BERNAR. Olvidais, Ricardo, que un príncipe debe tambien saber elegir sus adversarios?... (*A Fausto.*) Uno solo de nosotros, Fausto, bastará para castigaros ahora mismo.

MIGUEL. (*Adelantándose.*) Y somos tres...

FAUSTO. (*Muy tranquilo.*) Cómo?... tú tambien, Miguel... un siervo... me provoca...

MIGUEL. Teneis razon, hago mal... (*Noblemente.*) Un siervo no debe batirse con un asesino!... y nuestro duelo tendrá lugar delante del emperador.

FAUSTO. (*Con altanería.*) Todos me hallareis al lado de

S. M. para confundiros y justificarme. (*Se dispone á salir.*)

RICARDO. No faltaré á la cita.

ESCENA ULTIMA.

Los mismos.—TOLAPP *que llega por el fondo con soldados.*

TOLAPP. (*Interponiéndose entre Fausto y la puerta del fondo.*) Tenia deseos de cazaros y al fin habeis caido en el lazo que se os ha preparado. Oh! á vos no os abriré las puertas de la jaula. Vuestro cómplice Fédor tiene tambien la suya... y por cierto que ya ha cantado en ella.

FAUSTO. Qué quereis decir?

TOLAPP. Que vais á presenciar el matrimonio del verdadero príncipe de Arckángel con la señorita Paula, y que ya estais condenado.

FAUSTO. Esto más?

RICARDO. Unid á vuestros hijos, Miguel. (*Miguel toma á Paula de la mano y pasa por delante de Fausto con aire de triunfo.*)

MIGUEL. Benditos seais, hijos mios.

FAUSTO. Oh! rabia!

TOLAPP. (*A Fausto.*) Seguidme. No os viene mal para este berrinche que vayais á vuestra vez á tomar el fresco á la Siberia. (*Fausto hace un movimiento para escaparse, pero se encuentra con el oficial de la escolta que le impide el paso.*)

FIN.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.—Madrid 16 de Setiembre de 1859.—El censor de teatros, ANTONIO FERRER DEL RIO.—Es copia.

Achaques de siglo actual.
Un Hidalgo aragones.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la Fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La Caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Desdichas de Timoteo.
La luna de miel.
Un Ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los Pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo, ó el Princ. de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su mujer.
La Ley Sálica.
Un Casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un Divorcio!
La Hija del misterio.
Las Cucas.
Gerónimo el albañil.
Maria y Felipe.

EN UN ACTO.

De fuera vendrá.....
Juan el Tornero.
La doctora en travesuras.
Un milagro del misterio.
La Mula de mi doctor.
A los pies de V., señora.
Remedio para una quiebra.
El sistema de Felipa.
El sistema de Felipe.
La mujer de dos maridos.
Ladron y Verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un Sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los Preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un Fusil del Dos de mayo.
Cuerdos y locos.
Pst., Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La Piel del Diablo.
Si buenas ínsulas me dan...
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El Sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos Casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De Potencia á potencia.
Las Avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El Rey por fuerza.
Las Obras de Quevedo.
Un Protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El Chal verde.
El don del cielo.
La Esperanza de la Pátria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una Apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La Eleccion de un diputado
La Banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al Diablo.
Una Ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los Tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las Jorobas.
Los Dos amigos y el dote.
Los Dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios por amor.
Mi Media naranja.
Un Ente singular!
Juan el Perdio.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro Perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton.... y soy dichosa!
El Premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El Turron de Noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.
Un Año en quince minutos.
¡Un Cabello!
Como usted quiera.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una Aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las Señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El Marido de la muger de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los Dos Venturas.
De este mundo al otro.
El Sacristan de San Lorenzo
El Alma en pena.
La Flor del valle.
La Hechicera.
El Novic pasado por agua.
La Venganza de Alifonso.
El Suicidio de Rosa.
La Pradera del canal.
La Noche-buena.
Una Tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano y canto.

ADVERTENCIAS.

Tomando toda la coleccion de la España dramática, se hace la rebaja de 50 por 100.

Pidiendo ejemplares á la Direccion, que lleguen á 200 rs., se hace la rebaja de 20 por 100.

El Círculo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Lope de Vega, núm. 26.